

**EL DESVÁN DE LOS MACHOS
Y EL SÓTANO DE LAS HEMBRAS**

INTRODUCCIÓN

ALBERTO CASTILLA

Professor Emeritus, Mount Holyoke College

El propio Riaza ha dividido su teatro en dos tipos de obras, aquellas que considera de carácter espectacular, teatrosópicas, corales, una especie de friso general de la sociedad, tales como *El palacio de los monos* y *Los huevos de la moscarda*, y otras, de relaciones más intimistas, no psicológicas, pero sí de lucha, de situaciones personales, como *Retrato de dama con perrito* y *El desván de los machos y el sótano de las hembras*. Entre todas ellas, tal vez sea *El desván* su obra maestra.

En una atmósfera sórdida, cargada de resonancias medievales, en un lugar destemporalizado y de localización incierta, Riaza muestra y desarticula los mecanismos del poder para perpetuarse. Otro de los autores del «nuevo teatro español», Miguel Romero Esteo, transcribió su propia experiencia como espectador ante el estreno de esta obra: «Así en parábola de sótano y desván. Y cámara, y recámara. Desván –o parte superior de un castillo muy encastillado– en el que una especie de señor feudal oficia de bufón, y el bufón oficia de señor feudal. Maquiavelismo de un laberinto de ceremonias en el que anda atrapado el hijo del tal señor feudal a base de que le van cultivando un feroz machismo de alimaña salvaje. Luego, en los sótanos del castillo, bufón y señor feudal oficiarán de féminas, y será otro laberinto de ceremonias en el que resulta atrapada de feminismo delicadísimo y angélico la espuria hijastra del tal señor feudal (Leidi). En realidad, toda la obra se configura como una parabólica meditación en torno al cogollo del poder político en la sociedad patriarcal. Y que ve mucho más allá que las ya demasiadas y tópicas meditaciones en torno al poder. Y desde esta perspectiva, inaudita esta obra de Luis Riaza. Puede

que una de las cosas más afiladas que se hayan escrito en este país en muchos años. Puede que toda una hirsuta obra fuera de serie»¹.

Encerrada en el sótano por Don para evitar todo contacto con el macho, Leidi al fin cree haberlo envenenado, conquistando así su libertad. Pero no se trata sino de uno más de los juegos sádicos del tal señor feudal, acompañados de sus correspondientes ceremonias; y, al final, quien de verdad muere es la propia Leidi, a manos de Pti Prans, el hermano, un nuevo «segismundo encadenado» degradado, primitivo y perverso, a quien Leidi, creyéndose definitivamente liberada de la tiranía de Don, se dirige atraída por la llamarada del sexo. A diferencia de los cuentos antiguos y orientales, los machos destruyen a la hembra; no se concluye felizmente la moral de la parábola ni se produce la justicia.

El autor desvela honduras y repliegues de una sexualidad reprimida. La base de toda represión radica en la del sexo. Todas las represiones de otro signo, político, social, serán inevitables mientras subsista aquélla. En *El desván*, como en el resto del teatro de Riaza, la represión radica en el macho. Incluso Don aspira a suplantar a la hembra en la función intransferible de la fecundación. En sus juegos y fantasías Don llega a autofecundarse. No se trata de un teatro misógino, como se ha sugerido, sino todo lo contrario. Los misóginos, hay que distinguir, son los personajes.

Don y Boni, señor y bufón, adoptan la personalidad femenina de Leidi, cambian sus papeles, se transforman en señora y criada. Los desdoblamientos e intercambios de personajes, la posibilidad de asimilar el actor papeles de mujer, es una constante en el teatro de Riaza. Entre los nuevos autores españoles es él quien usa el travesti con mayor frecuencia y maestría. Técnica que, aparte de explicaciones psicológicas e históricas, se halla en el teatro de Riaza estrechamente vinculada al trabajo de experimentación del actor y al intento de renovar las formas teatrales.

Ritos y ceremonias se articulan en la estructura de la obra con gran teatralidad. Evidentemente, la ceremonia es el medio más eficaz con que cuenta Riaza para construir su teatro. El propio autor lo ha explicado así: «Estimo que el teatro ceremonial puede atacar más la conciencia del espectador burgués»². En realidad, en aquellas culturas donde, como en España, el poder, siglo a siglo,

¹ «Luis Riaza, clavándole...», por M. Romero Esteo, *Nuevo Diario*, CCLLII/5, Madrid, 1974

² A. García Pintado, pág. 11.

se ha perpetuado y enquistado, la ceremonia por él controlada deja de cumplir, en la vida real, una función progresista y dinámica con ocasión de cambios en la vida social y como preliminar para la acción. Más bien, por el contrario, desprovista de aquellos contenidos, la nueva función que es llamada a cumplir forma parte de toda una política preventiva, de *detente*, que ambiciona prolongar indefinidamente una intolerable situación de injusticia. Riaza recoge toda una suerte de ceremonias y de ritos, de simbolismos y liturgias, la rellena de nuevos contenidos y con ellos vertebrada toda la acción de su teatro. Bajo la apariencia del orden, el teatro de Luis Riaza nos desvela la absoluta desarmonía de un mundo crispado, de anacrónica jerarquización, un mundo de reyes y de príncipes, de bufones grotescos y de sirvientes envilecidos, donde los poderosos manipulan las ceremonias con el objeto de perpetuarse; porque, no hay que engañarse: ni el rey abdica, ni el rey se muere, ni el rey es finalmente ejecutado. En esas circunstancias, toda ceremonia es un fraude de los dominadores para perpetuarse. Ahí radica, en gran parte, el contenido semiótico de las ceremonias de Riaza; que desde una perspectiva teatral resultan, además, de una expresividad vigorosa e insólita.

Se ha insistido en ver *El desván* como el mejor modelo en Riaza para un teatro de la crueldad. Se ha mencionado con frecuencia a Artaud. El mismo Riaza ha comentado este aspecto de su teatro: «Por mi temperamento vitalista me inclino más por la parte emotiva que por la racional. Me creo, pues, más cerca de Artaud [que de Brecht]. Pero sin llegar a sus extremos, hago una crítica, muy superficial, lo reconozco, de las propuestas de Artaud. A Brecht, algo más... Pienso que el camino de Artaud es más revulsivo que el de Brecht. A éste la burguesía lo asimila mejor»³. Desde luego, habría que añadir, las relaciones erótico-sado-masoquistas, en mayor o menor grado, aparecen en todos los autores. No son privativas de ningún teatro, incluido el de Artaud. Aun en Brecht, tan distante de un teatro de la crueldad, en alguna de las obras de su primer período pueden ser detectadas.

Desde luego, sería erróneo identificar el teatro de Riaza con el de Artaud de la revolución metafísica, con el de los últimos años. Las búsquedas de Riaza nunca alcanzarán esos niveles que impidieron a Artaud reconciliarse con los marxistas e incorporarse a la construcción de un arte revolucionario. Riaza parece más bien preocupado por prolongar las experiencias de los surrealistas,

³ *Ibid.*, pág. 9.

por su propio camino, obstinado en perseguir y en explorar los aspectos ocultos de la existencia sumergidos en el subconsciente. Como una expedición hacia su rescate podría también verse su teatro.

En todo caso, la presencia de unos rasgos de «teatro de la crueldad», más o menos afines al teatro artaudiano, revelan en Riaza tendencias ya de antiguo afincadas en la literatura dramática española. En cierto modo, su teatro retoma o renueva una tradición de la que se podrían extraer numerosos ejemplos.

Ya Lope, en su *María de Padilla*, recoge la historia de la favorita real de Pedro el Cruel. Cuando tomaba el baño la Padilla, era costumbre del Rey, junto a su séquito, acompañarla. Razones de «suprema galantería» exigían a los caballeros beber de las aguas en la que la hermosa María se bañaba. ¿Y qué no decir de Calderón, en quien en obras como *El médico de su honra* la forma teatral, imposibilitada de expresión trágica, deviene sádica? Formas que se revelan con tanta claridad en tantas ocasiones a lo largo del drama, no sólo en el asesinato de doña Mencía propiamente dicho, sino en sus preparativos: «Vamos pasito, honor, que ya llegamos» —exclama ávidamente don Gutierre—; o en la forma ritual, ceremonial, en que doña Mencía es sacrificada e inmediatamente sustituida.

En *El desván* tampoco Leidi lucha; no se le permite luchar para confrontar su «destino». Víctima, no heroína (pues ésa vence al ser vencida), es conducida hacia su muerte en lo que parece será otra ceremonia y concluye en un «verdadero» sacrificio. En cierto modo, se la mata con la misma impunidad y crueldad que a las víctimas de aquellos dramas calderonianos de celos, de honor y de venganza. En *El desván*, el contraste entre los temas y la distancia, la aparente «impasibilidad» de su tratamiento, parece ser la causa que explica el efecto (no catarsis) de asombro, de pasmo y de perplejidad que su desenlace produce.

Teatro decididamente barroco, no por restaurar elementos ideológicos y ornamentales ya difuntos, sino, sobre todo, por la presencia de una serie de factores muy sabiamente conjugados: la fusión de lo trágico y lo cómico, uso repetido de técnicas de teatralidad, de ceremonia, de teatro dentro del teatro; pompa y solemnidad, convenientemente degradadas por la introducción de elementos de ruptura: «En la ceremonia final —que personalmente es lo que más me gusta de todo cuanto he escrito—, en medio de toda esa solemnidad —misa de Mozart sonando, etc.— todo acaba en que un personaje casca dos huevos, los fríe y se los come allí. Todo ese boato de pronto hecho trizas»⁴.

⁴ *Ibid.*, pág. 10.

En el trasfondo de todo su teatro yace, por consiguiente, una impotente tradición, que nadie como el propio Riaza tiene tanto legítimo derecho de asumir, de degradar y aun de destruir. Pero, además, y mucho más reciente, en carne viva todavía, la violencia de cuarenta años de franquismo que, sin duda, irrumpe en su teatro como un volcán, como un deseo sádico de destruir lo más poético y puro, violencia no metafísica ni literaria, sino *natural*, resultado genuino de una intensa, dolorosa vivencia.

*EL DESVÁN DE LOS MACHOS
Y EL SÓTANO DE LAS HEMBRAS*

Personajes

DON

BONI

TI PRANS

LEIDI

El nivel normal de la escena permanece invisible, bien por falta de iluminación o por el procedimiento que se adopte.

Fuertemente iluminada, en cambio, izada o colgada sobre aquella invisibilidad, aparece una plataforma. Una escala de cuerda (o cualquier otro medio de acceso.) cuelga de ella y se pierde en la oscuridad inferior.

Sobre la plataforma, una cama de hierro de retorcida prosapia: columnas salomónicas, un dosel de terciopelos o nobles telas, encajes, colgantes, etc. Del centro de la cama nace un árbol reseco de retorcísimas ramas. Cuelgan de éstas diversos objetos. En un sitio destacado, un reloj de arena. En otro, un facistol de catedral de hechura barroca sosteniendo un enorme libro. Jaulas de diversos tamaños y materiales, con animales disecados o esqueletos de los mismos en sus interiores, aparecen por todas partes, incluso colgando de la plataforma. Una cadena sujeta al piecero de la cama desaparece en la parte inferior de ésta.

Paseándose sobre los abultados colchones que cubren el lecho se encuentra BONI, un hombre de porte aventajado. Viste camisón de dormir que le cubre hasta medio muslo, unas medias blancas y zapatos de hebilla de la época de la batalla de Trafalgar. Se cubre con un sombrero que podría haber llevado Nelson u otro por el estilo.

Al pie de la cama, DON, un enano, viste el resto del uniforme de almirante, pero está descalzo y con las pantorrillas desnudas. Lleva un gorro de dormir con un borlón. Flota en la casaca de marino llena de bordados y charreteras.

(Estos dos trajes, vestidos a medias por los actores, pueden ser los propios de dos papeles sociales complementarios: señor feudal y bufón, verdugo y rey-sol, etc. Se sugiere que, en todo caso, figuren una serie de grabados como apoyatura de la decoración del fondo escénico en que aparezcan, como diversos cartelones, estos papeles complementarios de diversas épocas. Preferibles las tintas neutras para estos fondos.)

BONI.— *(Paseándose.)* Nos hacemos viejos, mi buen Bonifacio, y nuestro espíritu se disuelve en las delicuescencias del crepúsculo. Necesito que me diviertas con tus locas fantasías.

DON.— ¡Qué cosas se os vienen a la imaginación, mi señor...! El árbol que da frutos cada noche recio se encuentra. Como el cimarrón más pujante...

BONI.— El hábito, fiel amigo, no es, por desgracia nuestra, la potencia. *(Un tiempo.)* Pero diviérteme hasta la hora de la procreación. *(Muy dulce.)* Suponemos que no desearás que os mandemos azotar...

DON.— *(Se acerca al gran libro.)* Os recitaré la crónica de vuestra estirpe irrevocable.

BONI.— *(Bostezando exageradamente.)* Nos aburren tus halagos estúpidos. Harto sabes que jamás tuvimos antecesores. ¡Nos somos nuestros principio y nuestro fin!

DON.— ¡Ni más ni menos! *(Gran gesto circular.)* Redondo como el ciclo del huevo. Se rompe el cascarón primordial y surge el león instaurador, el león ponedor del primer huevo.

BONI.— *(Nuevo bostezo.)* Deja de lamer y narra.

DON.— Pues resultó que el jardín de vuestro padre infestado estaba de culebras malmetedoras. Y vos limpiasteis el jardín en nada de días. Y cuando lo acabasteis de purificar, lo roturásteis. A un lado pusisteis el castillo de los elegidos, y al otro lado, hacia el occidente del meridiano, la leprosería.

BONI.— ¿De dónde sacaríase tan extraña palabra?

DON.— Y a vuestro padre le llegaba la satisfacción creadora hasta la médula de los viejos huesos. *(Señala el gran librote.)* Está escrito.

BONI.— *(Más bostezos.)* ¡Lo mismo de aburrido! Prefiero aquello del rey que devoraba a sus hijos legítimos. Los bufones carentes de ingenio jamás

podréis comprender nuestras ansias secretas. Mandaremos, sin duda alguna, que te azoten.

DON.— (*Mueve páginas del gran libro.*) El jefe de la dinastía clavó entonces el gran cayado en el centro mismo del desierto tiñoso y pronunció la gran frase fundacional. «¡Aquí!», dijo.

BONI.— Deja las hazañas del principiator de los principios. A nos ha de contársenos algo más inmanente y excitador. (*Insidioso.*) Por ejemplo, lo de aquel afamado Edipo-Rex, al que el oráculo profetizara...

DON.— (*Cortándole, señala el libro.*) No hay que confundir, mi señor de señores, nuestros oficios de bufón con los de profeta. Además, no existen sibilinos presagios en el Libro. Sólo crónicas y leyes que iluminan de certidumbres el arco completo de los tiempos: desde sus orígenes hasta su postrera consunción...

BONI.— Busca, busca bien entre esas páginas, mi fiel escribidor.

DON.— (*Pasa hojas, con mala gana, del libro.*) Nada, ninguna excepción. Ningún turbio augurio, ninguna turbia profecía con los que pudieran recogerse los ansiosos de turbios futuros.

BONI.— (*Con una punta de mordacidad.*) Dejemos eso, puesto que tan seguro parece estar de mi fiel cronicador. Sigue leyendo ahora.

DON.— Y padre, como no sabía, después de todo, cómo proseguir, vino a plantar un árbol.

BONI.— ¿Un granado? ¿O se trataba, quizás, de una higuera?

DON.— Me permito recordar al señor que ciertos árboles femíneos sonarían en estas alturas como puras blasfemias. Forzoso es que se tratara de un árbol macho.

BONI.— ¿Pongamos un olivo?

DON.— Pongamos. (*Sigue con el índice lo escrito en el libro.*) Y dijo: «Tú parirás un descendiente cada noche y escribirás un libro cada noche. E ilustrarás el libro y lo colgarás de las ramas del árbol que plantes cada noche».

BONI.— ¿Plantarlo dónde?

DON.— En la sala noble del castillo. En el centro del Gran Lecho Fundacional. En el eje de la creación.

BONI.— ¡Muy de considerar el resultado escénico! Serás recompensado por tu embellecedor ministerio. (*Sinuoso de nuevo.*) Aunque, quizás, resultará de más brillantez con el árbol en el centro del inocente jardín. Y con

el inocente unicornio viniendo a lamer las granadas favorecidas por las luces.

DON.— Sois severo en las críticas, excelencia. Lo importante es que a la sombra del árbol se desarrolle la trama de los exonerados de la culpa y de la vergüenza...

BONI.— Así es, en efecto, mi perseverante decorador... (*Recita, altamente lírico.*) Deja la vergüenza para los que ocupan la grosera llanura del mundo. Tú, alma mía, elévate como un lirio hacia la pureza del azur inmarcesible...

DON.— (*Cierra, con un gran gesto, el libro.*) ¡Inútil, en verdad, el buscar en el libro! Los cubiertos por el sexo, la edad, la perversión y la muerte, es decir, por la letra, quedan fuera del ámbito de aquél. Y, desprovistos, entre otras carencias, de infinitud, yacen en común revoltijo hasta que revientan.

BONI.— ¿Cómo llegas tú, mi buen Bonifacio, a conocer tantas cosas que los propios textos ignoran? ¿Cómo alcanzas a lo que ajeno es a la misma escritura?

DON.— No todo está escrito. En los atardeceres, a la hora de arriar los pendones de vuestra egregia casa, y subo hasta lo alto de las torres y me asomo de murallas para afuera.

BONI.— Y si hubieras considerado la inclusión en las crónicas de tan disparejos reinos, ¿de qué color los hubieses iluminado?

DON.— Es evidente, monseñor: de un matiz confuso. (*Tajante.*) Color lepra.

BONI.— Y a los propios leprosos, ¿con qué disposición hubiesen figurado en vuestras obras?

DON.— ¡Cuánta pregunta, monseñor!... Se diría que os inquietan esos ambientes territorios...

BONI.— Responde, mi bien.

DON.— Los leprosos figurarían como cerdos. Montándose unos sobre otros para reproducirse y reproducirse antes de acabar reventando. (*Notarial.*) Así los hubiésemos dibujado en la página inexistente del libro. (*Con una reverencia hacia BONI.*) De acuerdo, desde luego, con vos. (*Rutinario de nuevo.*) Y sin que hubieran podido percibir las esquilas de los ángeles músicos, sin que hubieran podido percibir la infinita armonía que se escucha en el interior de estos patios infinitos, entre el olor infinito de estas piedras infinitas. (*Notarial.*) Así las hubiésemos considerado si

hubiera habido ocasión de considerarlos. (*Reverencia.*) Siempre de acuerdo con vuestra inapelable supervisión.

DON.— Sin embargo, hay que tener piedad con los desparramados. También los del exterior se inventaron un padre purificante.

BONI.— ¡Sí, cierto! Pero más rudo que el del arte reservado a los internos. Careciendo del primoroso acabado de nuestro propio padre...

DON.— ¿El nuestro...? ¡No nos englobes en tu misma condición de mendigo de servicio! Tú y Nos jamás coincidimos en un padre común. Todo lo más a lo que llegamos a avenirnos es a concederte cierta lejana semejanza. Con lo peor de Nos, desde luego. Sólo somos una mera sombra de vuestro fleco imperial. ¡Lo confesamos, monseñor!

BONI.— Tu untosidad no bastará a hacernos olvidar las veces que pierdes el preceptivo respeto. Te mandaremos azotar.

DON.— ¡Algo habrá que hacer, sin embargo, mientras se vacía este maldito embutidor de tiempos! (*Señala el reloj de arena.*)

BONI.— Puedes encandilar nuevos rincones de nuestra creación.

DON.— Encendamos, pues, la lámpara.

BONI.— (*De nuevo insidioso.*) No hay lámpara.

DON.— Sólo habrá que pintarla, asimismo, mi señor.

BONI.— Hay un tiempo de vivir y otro de pintar.

DON.— No. Únicamente uno de inventar la pintura y otro de aceptarla. (*Neutro.*) Daremos la hora. (*Voltea, con un gran gesto, la clepsidra.*) ¡La hora, mi señor!

BONI.— (*Se tumba en la cama, cruza los brazos debajo de la nuca.*) El amargo ocaso es llegado. Otorgaré testamento.

DON.— (*Se hace con una larga pluma de ave. Se acerca al libro.*) Estoy dispuesto. Sólo me permito suplicaros, humildemente y de todo corazón, que disimuléis los errores que mi burda pluma pudiera deslizar en el seno de los textos.

BONI.— Ya entenderemos de ello. Límitate, al presente, a fijar mi voluntad postrera.

DON.— Hágase vuestra voluntad postrera.

BONI.— (*Aburrido.*) Me fatiga la púrpura.

DON.— (*Fingiendo escribir lentamente sobre el libro y silabeando lo escrito.*) Os fa-ti-ga la púr-pu-ra... Ya está. ¿Qué más se os viene a la ocurrencia?

BONI.— (*Altisonante.*) ¡Prestos estamos a declinar manto y corona! ¡Cederemos a quienes hayan de recogerlos los atributos de nuestra condición áulica!

DON.— (*Mismo juego.*) De nues-tra con-di-ción aú-li-ca... Podéis proseguir...

BONI.— (*Cada vez más «sesperiano».*) Give me my robe, put on my crown. I have immortals longings in me...

DON.— (*Como antes.*) Aportadme el trapo supremo el gran gorro de coronar encasquetadme. Intenciones de no cascarla siento...

BONI.— Life's but a walking shadow, a poor placer that struts and frets his tour upon the stage.

DON.— (*Siempre fingiendo escribir.*) El lunes de comiquejo de la vida, y el martes, cagado por la muerte...

BONI.— I am fire and air, muy other elements I give to baser life...

DON.— Sosegaos, mi señor, con vuestros aires y con vuestros fuegos... Todavía voy por lo del culo de la nada...

BONI.— ¡La inspiración hace galopar mi estro y tú tienes que venir a ponerle freno con tu inepticia de torpe amanuense! ¡De cien azotes no bajan, tenlo por cierto!

DON.— ... to ba-ser li-fe... ¡Ajajá...! ¡Esculpido quedó! ¡Adelante, mi señor Don!

BONI.— (*Decaído.*) Nos retiraremos a la austeridad de un monasterio, ajenos al burdo acaecer del mundo. Y haremos que los buenos frailecitos celebren nuestros funerales aun antes de que el inevitable fin sea llegado... Nos hacemos viejos y nuestro espíritu se disuelve en las delicuescencias del crepúsculo...

DON.— Señor...

BONI.— ¡No me interrumpas, belitre!

DON.— Es que, mi buen amo, ya vamos por el segundo vaciado de reloj. Ya hemos representado lo de las delicuescencias del crepúsculo.

BONI.— (*Se pone de rodillas sobre la cama, se quita el sombrero y se lo tiende a DON al tiempo que comienza a quitarse un zapato. Gemebundo.*) ¡Perdonadme, mi maestro y señor! ¡Se me va el santo al cielo!... Sólo soy un humilde bufón a quien le ha sido negado el gran arte de hacer comedias. Permitidme que os devuelva vuestros nobles atributos.

DON.— ¡Cesa, loco...! ¡Continúa en tu papel! Sólo el teatro es capaz de disimular este fatigoso peso de cetro y corona. ¡Continúa, te digo...!

BONI.— (*Vuelve a ponerse el sombrero y a calzarse.*) Sea como ordenéis.
¿Por dónde íbamos?

DON.— (*Leyendo en el libro.*) ... las delicuescencias del crepúsculo.

BONI.— (*Impuesto de nuevo, paseos firmes sobre los colchones.*) Lee el resto del protocolo. Es aburrido repetirlo de pura memoria.

DON.— (*Hojea el libro.*) Yo, el escribano, hice abrir la mencionada cripta y dentro de ella vi y reconocí al padre de nuestro señor Don, que estaba muerto, sin hinchazón de veneno al parecer y, en parte, vestido con el hábito de nuestro señor padre San Francisco...

BONI.— (*Interrumpiéndole.*) ¡Pasa folios, acémila! No es ahí...

DON.— (*Haciéndolo.*) Que si esta sociedad y compañía...

BONI.— (*Nueva interrupción.*) ¡Tampoco eso...! Busca donde empieza: «Sepan cuantos leyeren esta carta de testamento...».

DON.— (*Hojea febril.*) ¡Helo aquí!

BONI.— ¡Infórmenosen, pues! (*DON efectúa grandes gestos mientras lee.*)

DON.— Sepan cuantos leyeren esta carta de testamento y postrimerías cómo yo, llamado Don, vecino de esta fortaleza de austeridad, estando echado sobre la cama de la resignación eterna y próximo a efectuar viaje a los reinos oscuros...

BONI.— ¡Ay...! ¿Cómo conjeturar los insondables misterios que nos aguardan allende las sombras?

DON.— Si volvéis a interrumpir el manar de mi narración, tened por seguro que os quedáis sin apoyo de verbo.

BONI.— Perdona, mi leal pendolista. Puedes continuar.

DON.— Y puesto que es preciso estar prevenido de ánimo y disposición para cuando decidamos ausentarnos de este presente mundo, como temeroso que se tiene que ser de cuanto nos excede y encuadra, digo que creo y confieso... (*Dejando de leer.*) Ejemplar. Las nuevas generaciones admirarán vuestro inimitable estilo...

BONI.— No nos mueve el afán de ser aplaudido por la posteridad. Sólo la transmisión de nuestra pequeña parcela terrenal. Continúa.

DON.— (*Se pasea, se recrea en su recitación, como dirigiéndosela a sí mismo.*) Primeramente, nos encomendamos a la natura de donde fuimos formados y, por ende, es nuestra voluntad postrimera, y mandamos que se nos deje sentado en nuestro lecho, reclinado sobre las bordadas almohadas, debajo de nuestro cerezo favorito, de modo que los jilgueros del

más allá vengan a picotear cerezas en nuestras manos. (*Se para.*) Igualmente ejemplar y, al mismo tiempo, delicado...

BONI.— Tu coba resulta harto empalagosa. Doscientos azotes serán más apropiados.

DON.— (*Finge leer por un momento en el librote, pero vuelve enseguida a su paseo con recitación recreativa.*) Ítem más, es mi voluntad postrimera y mando que mi plata labrada, mis pinturas de bulto, mis alhajas del servicio de casa, mis cofres con los vestidos de ceremonia, mis copas de romper al final de los banquetes, mis capas de asistir a los bailes de corte, mi gran collar de la orden del elefante, mi hacha de hacer justicia, mis renuevos de hortensias, mis escupideras de aliviar audiencias, mis libros de horas, mis marfiles de estampar y cualesquiera otras galas preparatorias de mi puntual reproducción..., mando, decía, que me acompañen y sirvan de viático y guarnición por los lóbregos vericuetos del otro lado del tránsito. (*Dejando de pasear otra vez.*) Gran virtud esa de precaverse de la incierta lluvia de los futuros. Sólo alcanzan a ello las almas más nobles y avisadas...

BONI.— (*Quitándose el sombrero, con voz humilde.*) Maestro...

DON.— (*Acentuando el ritmo de su recitación.*) Ítem más, mandamos y es nuestra voluntad postrimera que se nos reserve para nuestra segunda ocasión la cama de granadillo y bronces donde hubimos todos y cada uno de nuestros descendientes... (*Acaricia las ropas del lecho.*) Como, asimismo, sus colgaduras de damasco carmesí con alamares de cañamazo y sus rodapiés y sus pellizas y su doselillo de cabecera con tafetanes listados de colores y su toalla azul y sus gasas...

BONI.— (*Insistente.*) Maestro: tenedme la merced de buscar unas paginillas más adelante. A lo mejor aparece alguna pequeña manda destinada a vuestra leal servidumbre...

DON.— (*Cada vez más grandilocuente y mayestático.*) Ítem más, nos legamos el algarrobo de dar sombra y conformidad a los nuestros, con todas y cada una de sus estampas. Y la leal clepsidra que vino a poner compás y medida en nuestros pasos por este guiño que llamamos vida. Y las jaulas con los miembros de nuestra descendencia legítima, que alguno de ellos, sin duda, gustoso será en dar calor a nuestras cenizas en las frías noches del invierno transumbrío...

BONI.— (*Remedando la grandilocuencia de DON.*) Ítem más, mandamos y es nuestra voluntad postrimera que a nuestro buen y servicial Bonifacio, por la gracia que supo desplegar con su oficio de actor en cada estancia de nuestro existir, legamos y cedemos...

DON.— (*Interrumpiéndole y fingiendo pasar hojas del librote.*) Nada encuentro en los textos de esa manda que decía...

BONI.— ¡No me interrumpas, belitre! ¡La inspiración hace galopar mi estro y tú tienes que venir a ponerle freno con tu inepticia de torpe amanuense!

DON.— ¡Está bien! Da rienda suelta a tu vulgar condición de siervo.

BONI.— (*Vuelve a remedar a DON.*) A mi buen y fiel bufón dejo la plata labrada, mis pinturas de bulto, los doblones del pote encerrado...

DON.— (*Con un golpe sobre el libro.*) ¡Aquí está! (*Cierra el libro con un gesto definitivo.*) Escucha lo que, en verdad, dice el libro: a mi viejo servidor que tantas veces supo adornar la grosera realidad enrededor de mi persona, mando que se le entregue este libro con mi historia y cuantas ilustraciones contiene...

BONI.— (*Estallando, se quita el sombrero y lo tira con rabia sobre la cama.*) ¡Para el muy hideputa, magritas en el más aquí y en el más allá. Y para uno, zancarrones de papel a todo pasto. Tiene razón el dicho: ¡Que el amo no pierda y el ayo a la mierda...!

DON.— ¿Qué significa esto? ¡Vuelve a tu papel o mandaremos que te azoten sobre el mismo escenario!

BONI.— (*Salta de la cama y rebusca, febril, en el libro.*) ¡Te diré cuál es tu verdadero signo, ruineja!

DON.— Este levantamiento merece algo más escarmentador que el azote. Te lo anuncio y prevengo.

BONI.— ¡Lee aquí, hechura de mono! ¡Mira lo que se dice de tu mandato eterno!

DON.— ¡Ya es la hora! ¡Cambio de escena!

BONI.— (*Señala la clepsidra.*) Falta no menos de un quinto de arena. Todavía estamos en plena testamentaría. ¡Lee...!

DON.— (*Doliente.*) Tengo como una especie de telilla que me anubla los ojos. Nos hacemos viejos, mi buen Bonifacio...

BONI.— (*Interrumpiéndole.*) ... y vuestro espíritu se disuelve en las delicuescencias del crepúsculo: nos sabemos el romance de cabo a rabo... Pero lo que sucede, en realidad, es que tu afán de dominio rebasa los límites de tu propia carroña...

DON.— ¡Cuatro caballos tirarán de tu cuerpo en direcciones enemigas! ¡Tus ojos serán bocado de gavilanes! ¡Tus mundos huesos desparramados se verán por el desierto de la leprosería!

BONI.— ¡Cuerpo de un perro...! ¡Querrás leer de una condenada vez!

DON.— (*Vuelto de espaldas al libro. Vuelve a su voz doliente.*) Que nacerá de mi carne una carne diferente que no será mi carne y que, del ayuntamiento en la carne del varón de carne con la carne diferente, nacerá una carne que me sucederá... ¿Es eso lo que querías que leyese?

BONI.— Libro segundo. Capítulo quinto. Versículos iniciales: Los hijos asesinarán al padre corrupto y liberarán a los leprosos. ¡Está escrito también!

DON.— ¿Quién ha podido falsear tan arteramente el espíritu de los textos? ¿Quién mandó escribir tales extravíos?

BONI.— Tal vez fueran las malignas escoñadestinos. Las puñeteras sibilas.

DON.— ¡Escucha tú, triste encandilado! ¿De qué te servirá esta rebelión privada? Cada noche te sube la fiebre de la impertinencia y todo acaba siempre en el pantano del segundo acto...

BONI.— Pero es posible que todo no se agote y consuma en esta estufa de fingimientos.

DON.— Y, aparte de la lepra y el caos, ¿qué más puede existir fuera del ámbito del castillo? Dime, mi buen dorador del castillo.

BONI.— (*Con gesto definitivo.*) Sin embargo, olvidas que en el centro de la oscuridad inferior te espera una carne de...

DON.— (*Tapando su boca con una mano.*) ¡No pronuncies la palabra pros-crita!

(LEIDI, abajo, enciende en este momento un fósforo, que apaga rápidamente.)

BONI.— (*Librándose de la mano amordazadora, con rabia.*) ¡Te espera una carne diferente! ¡Te espera una carne de HEMBRA!

DON.— (*Doliente al máximo.*) ¿Quieres, acaso, despertármelo?

BONI.— (*Da vueltas alrededor de la cama, repitiendo, con diversas entonaciones, la palabra «hembra». Termina como si azuzara. DON, representando con exageración, se tapa los oídos con el antebrazo.*) ¡Hembra! ¡Hembra! ¡Hembra!...

(*Suena una voz debajo de la cama.*)

VOZ DE TI PRANS.—

Mancebos de Judea,
si por dicha encontráis mi fugitiva
decidle que no sea
con su adorado esquivia
y que morada y leche me aperciba...

DON.— ¡Tú lo has querido! ¡Nos hundiremos juntos! ¡La fatalidad nos anegará en la misma onda!...

BONI.— ¿Por qué tan negros presagios, mi señor? Todos los días el infantito sale a disfrutar de su pequeño recreo y no por ello se derrumban las murallas sofrenadoras.

DON.— Pero algún día es bien posible...

BONI.— Todos los días son previsibles y maleables, mi señor...

TI PRANS.— *(Cantando mientras sale de debajo de la cama.)*

Tenía un pie sobre el otro
y los dos como azucenas
y ceñían sus tobillos
argollas de finas piedras
y en el vientre un denso triángulo
de rizada y rubia seda...

BONI.— Vuélvete a tu cama, mi pequeñín. ¡No comiences con tus travesuras!

TI PRANS.— *(Se acerca a DON y comienza a indagar entre sus ropas mientras sigue cantando.)*

¿En qué alabanzas cabe
de sus dos globos la sin par belleza,
la blanca tez y la mórbida firmeza?

(Comienza a desabrochar la casaca de DON.)

¿Y quién el atractivo
pintar sabría de su botón lascivo?

DON.— *(Intenta retirarse. TI PRANS se lo impide, abrazándole.)* ¿Qué pretende este pobre hijo mío? ¡Menester será acortar aún más los fierros a su extraño desvarío...!

TI PRANS.— *(A BONI.)* Señor padre...

BONI.— Llámame papá.

TI PRANS.— *(Sigue intentando desnudar a DON.)* Señor papá: ¿por qué les ponen tantos refajos a estas hembras?

DON.— ¿Hembra yo, en estos altos ámbitos? ¿Qué desatino es éste?

TI PRANS.— *(Comienza a ponerse frenético y canta a voz en grito.)*

Seas loba o cordera
 déjame un rato
 jugar con lo que llevas
 bajo el refajo...

BONI.— ¡Tranquilo, tranquilo, mi pequeñín...!

DON.— ¡Amparo! ¡Protección! ¡Acérquensele las estampas cuanto antes!
 ¡Pronto...!

BONI.— *(Coge una de las jaulas vacías y comienza a agitarla por encima de la cabeza de TI PRANS.)* Toma, hijo. Diviértete con esta fruta oscurita.
 ¿A que tiene las carnes más prietas que esa que tienes abrazada?

TI PRANS.— *(Suelta a DON, contempla la jaula con aire embelesado.)* ¿Quién es, señor papá?

BONI.— Una hermanita negra. Se llama Leidi.

TI PRANS.— ¿Como la de siempre?

BONI.— Hoy es siempre, lucero.

TI PRANS.— Entonces, señor papá, ¿ya soy un hombre?

BONI.— Hecho y derecho, mi niño.

TI PRANS.— ¿Y puedo retirarme con ella a la intimidad de mi refugio?

BONI.— Como sea de tu agrado. De vuestro agrado, quise decir, puesto que ya se os debe tratamiento de adulto... Pero no os quedéis a un solo paño. Estáis en la edad del capricho y de la fantasía. Tiempo tendréis de estabilizaros. *(Descuelga otra jaula y se la aproxima a TI PRANS, que no sabe con cuál quedarse.)*

TI PRANS.— Y esta hembrita tan preciosa, ¿cómo se llama?

BONI.— Leidi, también.

TI PRANS.— ¡Qué rubita es!

BONI.— ¡Como una espiga en sazón! Vuestro padre la concebiría, sin duda, a fuerza de pensar en trigos con sol. (*Levanta la primera jaula.*) Fruto de ensoñaciones con ébanos nocturnos. (*Levanta la otra.*) La fiesta rojiza de un mismísimo fauno.

TI PRANS.— (*Coge una de las jaulas; recita dirigiéndose a ella.*)

Igualarla no puede
el color de la fresa rubicunda,
ni el de la rosa excede
al iris virginal que lo circunda,
ni del pichón la pluma
aventajarlo en suavidad presuma...

DON.— ¡Basta ya, rijoso! ¡A tu rincón!

TI PRANS.— (*Cogiendo la otra jaula.*)

Siento subir en mí
como un perfume que en la sombra
se expandiera...

DON.— ¿Oíste lo que se te mandó? ¡Desaparece!

TI PRANS.— (*Como si no hubiera oído, sordo en su enajenación.*)

... desciendo y desciendo
por las profundidades de tu alma
mientras relámpagos de pálida piel
destellan entre los pliegues entreabiertos
de tu vestido glauco...

DON.— ¡Terminará por soliviantar con su torpe extravío a todos sus inocentes hermanos! ¡Húndete de una condenada vez en tu cueva o terminaré por olvidarme de quién eres!

TI PRANS.— ¿Qué clase de hembra tan ruda es ésta, papaíto?

BONI.— Es tu primer padre. Obedécele...

TI PRANS.— Sí, señor padre. Sí, señor papá... (*A las jaulas.*) ¡Vamos, ser-pientitas! (*Desaparece debajo de la cama cantando a voces desafiadas.*)

... y con los ojos entrecerrados
penetro en el húmedo centro
de tu gladiolo secreto...

(*Durante un tiempo pueden oírse sus voces; luego van amortiguándose.*)

DON.— ¿Acaso no sabes que las palabras sucias excitan a ese pobre desdichado?

BONI.— (*Inocente.*) ¿Pues qué dije, milord?

DON.— Nombraste el sexo inexistente de manera harto cruda y directa. Y, a mayor abundancia, repetidas veces. La próxima vez que lo hagas te mandaremos azotar. En esta ocasión tendremos a bien el perdonarte, en mérito a que nos salvaste la vida. (*Se acaricia el cuello.*) ¡Casi me afoga esa pobre carne de mi carne! Un poco más de demora en aportar-le sus esparcimientos y hubiéramos perecido...

BONI.— No temáis por ese lado, monseñor. Ese infeliz salió directamente de vuestras entrañas de macho, señor de machos. Señor de todos estos inocentes... (*Gesto circular hacia todas las jaulas.*) Y el que pudiera haberos dado acabamiento, vos mismo repetisteis los textos, vendría manchado por el paso a través de hembra... (*Remarca intencionadamente la última palabra. Automática reacción de TI PRANS que asoma la cabeza por debajo de la cama.*)

TI PRANS.— Blanca por todas partes
menos por una
de oscuros rizos.

Oscuros rizos
negros por todas partes
menos por una
color jacinto.

Color jacinto,
rojo por todas partes
menos por una
de miel y vino...

DON.— *(Corta, con un escobazo en la cabeza de TI TRANS, la canción.)*
¡A tu infecto rincón, sabandija! ¿Otra vez vienes a quebrar el ritmo de nuestra función?

*(TI TRANS desaparece dando aullidos debajo de la cama.
DON se dirige a BONI con voz suplicante.)*

¿No es cierto lo que dijiste antes de esa enojosa interrupción?

BONI.— ¿Y qué os pude decir, mi poderoso dueño?

DON.— *(Necesitado de afirmación.)* Aseguraste, mendigo, que de ninguno de ellos podría partir el lanzazo parricida. *(Señala las jaulas; BONI se muestra cada vez más altivo.)*

BONI.— Ni más ni menos, mi poderoso señor. Todos os son hijos adictos. Machos como vos.

DON.— *(Medio suplicante.)* Y que no transmitirían a nadie la peste de la usurpación. ¿No es cierto, mendigo?

BONI.— Cierto, mi poderoso amo.

DON.— Y que todos ellos son puros, puesto que permanecieron sin conocer vientre impuro y sin pasar por vientre impuro. *(Casi lloroso.)* Repítelo, mendigo.

BONI.— *(Majestuoso.)* Sí, mi poderoso jefe. Todos, todos son machos hijos de macho y de imaginación de macho... *(Levanta una jaula.)* Cuervo. Nacido el veintiséis de febrero, mi poderoso señor.

DON.— ¿Macho? ¿No es cierto, mendigo?

BONI.— Cuervo macho, mi poderoso señor. *(Levanta otra jaula.)* Puercoespín. Del veintisiete del mismo mes y año. Sus púas os laceraron vuestras partes más delicadas.

DON.— *(Comienza a tener confianza.)* ¿Macho también?

BONI.— Macho. *(Otra jaula.)* Gato montés. De la noche siguiente. Yo mismo corté el cordón umbilical de este infante.

DON.— Macho.

BONI.— (*Otra jaula.*) Ratón almizclero. Tan rollizo que tuvimos problemas puerperales hasta bien entrado el día siguiente. ¿No recordáis?

DON.— (*Cada vez más seguro de sí.*) Macho, macho...

BONI.— (*Otra jaula.*) Ardillo común, mi poderoso señor.

DON.— ¡Terminado en hermosa «o» de macho!

BONI.— (*Sin coger más jaulas, simplemente señalándolas.*) Búfalo. Y tan hermoso que hubo necesidad de haceros doble cesárea. Araño. Sin problemas, dado su exiguo tamaño. Y aquel esqueleto tan viril, ¿no es acaso un águila imperial? ¡Lo que se dice un residuo de águila machamente imperial, mi poderoso señor!

DON.— ¡Machos! ¡Machos! ¡Todos machos! (*Triunfalista al máximo.*) ¿Existe, acaso, alguna sucia desinencia femenina al final de estos nombres?

BONI.— Todos son del sexo adecuado a esta parte del castillo. (*En este momento, con una gran pirueta se sube a la cama y rompe la situación anterior; voz rencorosa y siniestra.*) Sin embargo, mi poderoso señor, una sola excepción y he aquí que puede fructificar en descendencia asesina...

DON.— (*Se derrumba, anhelante.*) ¿De qué excepción hablas? ¿Qué descendencia es ésa?

BONI.— (*Implacable.*) Una noche entre las noches, milord, monseñor, su graciosa alteza, su magnánima majestad, mi amado, respetado y querido dueño, paristeis...

DON.— ¡No! ¡No! ¡No! Aparta ese dolorido dardo de mi costado. ¡Apártame!

BONI.— ¡... paristeis una carne diferente!

DON.— ¡Extrae esa espina de mi torturada memoria! ¡Extráela! (*Cada vez más patético.*) ¿Qué falta terrible hube de cometer para ser fulminado por aquel terrible accidente?

BONI.— (*Salta de la cama y gira alrededor de DON, como una Euménide. LEIDI, en el nivel normal de la escena va encendiendo lentamente un candelabro de muchos brazos situado sobre una larga mesa que ocupa el centro de la escena. No se verán, todavía, los fondos de ésta.*) Lo cierto y real, mi dilecto señor, es que sucedió el extraño fenómeno. Vos, como si lo presintierais, permanecisteis lleno de nerviosidades y no con el espeso letargo que os era habitual cada jornada, hasta las horas preambulares de la procreación. Y, ciertamente, que nada tenía

que ver aquella desazón con la marcha serena hacia el lecho cotidiano para dar al mundo vuestro vástago vespertino...

DON.— ¿Cesará alguna vez de supurar esa pústula de tu negra ingratitud?

BONI.— Repito que todo parecía barruntar la excepción inminente y que, incluso, la naturaleza extranjera ponía un contrapunto de agitación en el espeso ámbito de intramuros del castillo. Recuerdo que cantó el búho exterior y culebreó una centella por toda la desolada lividez del firmamento. Y cuando alcé las sábanas ensangrentadas, vi que la criaturita que se retorció en las primeras angustias del existir, entre vuestras piernas, no tenía las patentes muestras de virilidad de todos vuestros anteriores productos...

DON.— (*Grito desesperado, pero, como siempre, visiblemente representado.*) ¡Leidi! ¡Leidi...! ¿Por qué me brotaste?

BONI.— Y en las cocinas del castillo las sibilas dieron fe del extraño fenómeno...

DON.— ¡No! ¡No! ¡No!... ¡Las sibilas no! ¿Por qué no se convocaron los profetas, o los augures, o los echadores de cartas, o los pitonisos húngaros? ¿Por qué las malditas féminas? Ellas se conjugaron contra mí, enroscaron sus vaticinios alrededor de mi futuro como ramas de traidora yedra...

BONI.— En las cocinas del castillo se reunieron las sibilas, sí. Y, una vez bebido el anís y comidas las castañas, establecieron el oráculo.

DON.— ¡Inútil...! Tan pronto como recobre mis fuerzas, tras el sobreparto, lo anulo mi decreto.

BONI.— No se preceptúa por los tiempos de los tiempos. Sólo se acertija. Y las sibilas, y las entrañas del marrano y la conjunción de Casiopea y de la Osa estaban de acuerdo. De Leidi vendría el sucesor del señor Don.

DON.— Pero ¿cómo? ¿Dónde habría de encontrar carne diferente que la hinchase de sucesor? Cada carne ocupa un nivel del castillo y se ha dispuesto que ambos queden cerrados sobre sí, comunicados, estancos... A mí mismo, con ser el que soy, no me es permitido enfangarme en cohabitaciones bochornosas. He de ser fecundado por el poder de mi propia mente. Así se dispuso.

BONI.— Sin embargo, los designios del hado pueden cumplirse, quién sabe por qué recónditas razones.

DON.— (*Gemebundo.*) ¡Recréate en hurgar en mi dolor, créate! ¡A mí, que prometí llevar siempre vivas a tu tumba mil veces al año y durante mil años, así me pagas!

BONI.— No yo, mi poderoso señor. Sólo soy un humilde cronista.

DON.— *(Seco, como dejando de «representar» su desamparo.)* Te mandaré azotar. Da la hora al presente.

BONI.— *(Da la vuelta al reloj de arena. Sube a la cama luego.)* La hora suprema, excelencia. Subid al lecho. *(DON sube al lecho y BONI lo recibe con un gran reverencia.)* ¡Bienvenido al tálamo, mi ángel!

DON.— ¡Me da una vergüenza...!

BONI.— Es preciso. La perpetuidad está por encima de cualquier rubor, por legítimo que pudiera resultar.

DON.— ¡Ciertamente que me consume la sed de eternidad!

BONI.— ¿Bailamos, bello enano? *(Reverencia aquiescente de DON. Música que es seguida por la pareja con gran parsimonia cortés.)*

DON.— ¡Túrbame! ¡Embriágame! ¡Fascíname!

(Entre compás y compás y en medio del «cuento turbador» relatado por BONI, éste y DON se intercambian prendas de sus atuendos.)

BONI.— Érase una vez un remotísimo país en el que habitaba un capitán de dragones, tan apuesto como desprovisto de peculios, pues sólo poseía un gato con botas, una piel de asno y una espesa barba, tan azulada, tan azulada, que despedía reflejos colorados...

DON.— ¡Majo el viejo barbirrojo!

BONI.— Y sucedió que el coronel de lanceros era profundamente desgraciado, puesto que sus hermanastros, con ser sargentos de menor graduación y mucho menor rango, hasta el punto de ser, francamente, dos enanos, le obligaban a fregar, a barrer, a limpiar las letrinas y a sacar el brillo de la plata en la noble mansión de sus mayores. ¿Me escuchas, bello príncipe?

DON.— Te escucho, aunque se me desmaya la imaginación por esa seda de tu escote...

BONI.— Y sucedió que el anciano monarca mandó que se probaran las botas de montar todos los brigadieres del reino, y sólo al humildísimo bufón, feo como un sapo, le vino la corona a la medida...

DON.— ¿Y qué hizo nuestro héroe?

BONI.— Le dio un beso de amor en medio de la manzana y tuvieron muchos hijitos varones que llenaron de satisfacción al buen anciano... ¿Os sentís suficientemente excitado con la bella historia?

DON.— Henchido.

BONI.— ¿Inundado?

DON.— Gráfico. Como un cofre repleto de estampas.

BONI.— Reposaos.

DON.— Descuida, mi apuesto bardo. Preservaré en mi delicada situación.

BONI.— Adiós, ahora, milord.

DON.— (*Desgarrado.*) ¿Así me abandonas? ¿En tan estrujado estado?

BONI.— ¿Y qué queréis que haga? Sólo puedo participar en la operación con mi distante, si bien atenta, amistad...

DON.— Pero tú fuiste responsable conmigo. A medias lo fraguamos.

BONI.— Perdón, monseñor. Yo sólo puse la magia de mi verbo. Todo lo de la carne fue cosa vuestra.

DON.— (*Tentador.*) Serás recompensado con la Distinguida Orden del Elefante. En grado de Gran Placa. Sólo tienes que seguir haciendo de mí mismo.

BONI.— Hay límites, pobre mío, que el teatro no puede traspasar. Los bufones no fuimos destinados a perpetuar la raza. Todo lo más a embadurnarla con arpegios. La otra excelsa misión corresponde a la clase de señores. (*Baja del lecho.*) Y habréis de cumplirla, ¡ay!, en la más despojada de las soledades.

DON.— ¡Y bien amarga que resulta la del auriga que el carruaje supremo debe conducir!

(Abajo, LEIDI enciende otro candelabro al extremo opuesto de la mesa. BONI alza las ropas bajo las cuales se habrá arropado DON.)

BONI.— ¿Comenzáis ya a sentirlo?

DON.— Un poquitín. Como un arañeo. Pon aquí el oído.

BONI.— (*Acerca la cara a la barriga de DON.*) ¡Se diría un jilguerillo que picotease y picotease los bordes de la vida!

DON.— (*Con un grito espeluznante, brutal.*) ¡Teresa!

BONI.— (*Impasible.*) ¿Qué os sucede?

DON.— (*Más fuerte aún.*) ¡Teresitaaaaa...!

BONI.— Aquí estoy, ángel mío.

DON.— ¡Ay, mi amada Abelone...! ¿Cómo pudimos, di? ¿Cómo pudimos...?

BONI.— (*Lírico.*) Yo tenía una de mis profundas melancolías y tú llevabas aquel vestido profundo y transparente, como un agua con berros...

DON.— ¿Y por qué olía a flor de verbena la seda de tus hombros? ¿Por qué te pusiste el traje de chambelán y, sobre la pechera áspera que erizaba mi piel, la Orden del Elefante?

BONI.— El destino que cada cual porta dentro de sí, como una fruta entre las ropas secretas del armario matrimonial...

DON.— (*Nuevos gritos.*) ¡Me deshilo! ¡Me voy! ¡Me desencuajo!

BONI.— Ca y est! Ya lo tenemos en la boca del túnel.

DON.— (*Gritería progresiva.*) ¡Me despedazo! ¡Me despiezo! ¡Me desme-zuzo!

BONI.— Esperemos que hoy no nos venga de nalguitas.

DON.— ¡Me destripizo! ¡Me desjarrozo! ¡Confortación, confortación! ¿Nadie es a acompañarme en estas angosturas? ¡Abelone! ¡Abeloneeee!

BONI.— ¡Un poco más de estoicismo, milord! Con un último empujoncete os veréis desenjaulado de los barrotes del tanto padecer... ¡Vamos, vamos...!

DON.— (*Con un suspiro hondísimo.*) ¡Ya...!

BONI.— ¿Consumátum?

DON.— Sí que sí.

BONI.— (*Señalando la clepsidra.*) Tres décimos de arena menos que ano-che. A este paso lo conseguireis en el mero tiempito de un suspiro...

DON.— Déjate de tiempos que nadie te ha pedido y dime el resultado.

BONI.— Tal vez, si supierais el día de la semana que nos corre, os ahorraríais tan sufrida incertidumbre.

DON.— ¡Está bien! Haz que tu colmillo segregue un poco más de ponzoña. ¡Escupe, víbora!

BONI.— Sólo quería recordaros que hoy es miércoles.

DON.— Pero lo que sucedió mil veces, puede cambiar de signo la mil y una.

BONI.— ¿Esperáis, acaso, otra...?

DON.— (*Cortándole.*) ¡Silencia la abyecta palabra! ¡Ten cuenta del dormidito!

BONI.— Perdón, excelencia. Cada uno de vuestros vástagos me hace olvidar los anteriores. (*Se pone unos largos guantes rojos. Cubre el cuerpo de DON con una enorme sábana.*) ¿Puedo proceder?

DON.— Tienes nuestra venia.

BONI.— (*Mímica de levantar hacia los techos algo que simula haber cogido entre las ropas de DON.*) Quince de octubre. Miércoles. Un lindo varoncito.

DON.— (*Anhelante.*) ¿Verdadero?

BONI.— Y entero. Todo saledizo de la parte de amores como un morueco.

VOZ DE TI PRANS.— (*Entre gemebunda y temerona, desde debajo de la cama.*) ¡Ay, infelice de mí! ¿Qué húmeda grutita refrescará mis tiasas lumbres con tanto varoncito? ¡Ay, desdichado! ¿Quién a darme vendrá tiernos agujeros?

DON.— ¡Qué vergüenza! ¡Todo lo escuchó!

BONI.— ¿Qué tiene de particular? ¡Chillabais como una parturienta!

DON.— Tendremos que poner más sigilo mañana mismo.

BONI.— Tendremos. (*Se acerca al árbol y descuelga un sustituto cualquiera y se lo tira debajo de la cama. Cesan las lamentaciones poco a poco. LEIDI, abajo, coloca debajo de la gran mesa un infiernillo y lo enciende. Se postra ante él contemplando como hipnotizada el fuego.*)

DON.— Déjame mecerlo un poquitín.

BONI.— Cuando lo tengamos en su jaulita. Antes lo prohíbe la etiqueta.

DON.— Dime, al menos, de qué bichirrinín se trata. ¿Leoncito? ¿Lobezno?

BONI.— No.

DON.— ¡No me digas que hemos conseguido uno de esos hipogrifos tan raros! ¡O un pequeño ejemplar de salamandro! ¡Sería demasiado hermoso! Nos faltan en la colección...

BONI.— No, mi serenísimo señor. Nada de animales fabulosos. Se trata, simple y sencillamente, de un hombrecillo común.

DON.— (*Hipócritamente decepcionado.*) ¡Qué le vamos a hacer...! ¡Con tal de que nos llegue con toda su cordura...!

BONI.— (*Notarial.*) Se ignora tal extremo. Surgió con la razón tan helada como el resto de su naturaleza. (*Definitivo y haciendo una pausa entre palabra y palabra.*) Los - miércoles - monseñor - sólo - alumbrado - cadáveres.

DON.— (*Salta de la cama al suelo.*) ¡Ay! ¿Y qué bajaremos ahora a nuestra Leiducha para la hora de la cena? Ella, que siempre está esperando un regalito de carne diferente...

BONI.— Proveeremos a ello. Me quito esta sangre corrompida de encima y en seguida somos con el oficio de nuevo. (*Se quita los guantes.*)

DON.— (*Dando unos golpecitos sobre la cama.*) ¡Sal tú, hijito! ¡Llegado es tu gran momento!

VOZ DE TI PRANS.— ¡Que no y que no! La habitación apesta a macho. ¡Estoy harto de tanto hermano puntoso! Si no es un hermanita con concavidades, no salgo...

DON.— ¡Obedecerás, cuerpo de cien mil perros! ¡Vaya si obedecerás!

(Coge el escobón. BONI se lo quita suavemente.)

BONI.— No hace falta ser tan extremoso con el muchacho. El lenguaje, mi señor, hace milagros con estas naturalezas díscolas. Dejadme a mí. *(Coge del árbol un instrumento musical, de preferencia una guitarra de «cantor protesta». Canta, acompañándose de ella, con voz de vicetiple vieja y encanallada.)*

Yo soy la lagarta
del culín morado
y aquel que lo pilla
queda embelesado.

Lagarto, gartico,
sal del agujero
y dame tu hocico.

(Arpeggio. Se inclina a tocar la guitarra cerca de los bajos de la cama.)

Yo soy la lagarta
del culín morado
y aquel que lo pilla
queda embelesado.

Lagarto, gartico,
sal de agujero
y toma gustico.

(Guitarreo más aproximativo.)

Yo soy la lagarta
del culín morado
y aquel que lo pilla
queda embelesado.

Lagarto, gartico,
sal del agujero
sal del escondrijo.

(Más trémolos. TI TRANS asoma por debajo de la cama.)

DON.— Hola, hijo.

TI PRANS.— *(Todavía arrastrándose para salir de debajo de la cama.)*
¡Ay, infelice de mí! ¡Ay, mísero! ¿Quién lamerá las llagas de mi soledad?
¡Qué canora delicia mitigará mi abandono?

BONI.— *(Encanallado al máximo.)* Yo, piojito. Puedes apostararlo. *(Voz normal.)* ¡Demostrado quedó! La violencia es maniobra superflua cuando existe una poesía que la supla... ¿Qué sería de las grandes causas desprovistas de los servicios de una cantatriz? *(A TI TRANS que ha salido de la cama y se ha puesto en pie. Durante la escena siguiente DON permanece en silencio, paseándose meditabundo alrededor de la pareja.)* Hola, hijo...

TI PRANS.— Hola, papaíto.

BONI.— Ahora, hijo, si te dejas sacar bonito, papá te dejará el libro de estampas que tanto te gusta.

TI PRANS.— ¿Ése de los versos tan cosquilleantes?

BONI.— El mismo, hijo.

TI PRANS.— Me estaré tan quietecito como el hermano bueyo. Te creerás que estoy disecado en mi jaulita. Ya verás.

(BONI coloca a TI TRANS como si se tratara de un modelo de academia de bellas artes. Luego descuelga del árbol un muñeco de trapo que recuerda al propio TI TRANS. Deberá estar como vacío o destripado o ser, simplemente, los trapos exteriores y rellenables de aquél. DON coge un libro que igualmente pende del árbol y se lo entrega a TI TRANS.)

BONI.— Toma, hijo. Entretente a tu antojo.

TI PRANS.— *(Leyendo mientras BONI echa arena —lo puede sacar de la gran clepsidra— en el muñeco-vaina.)*

¿Adónde te escondiste,
amado, y me dexaste sin gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido,
salí tras ti clamando
y ya eras ido...

BONI.— Incandescente, ¿eh, bribonzuelo? *(Una pausa. Echa arena al muñeco.)* ¡Un súbito remolino agita la superficie de la nada. Sopla la inspiración sobre el humilde barro y he aquí, surgida, la excelsitud de la forma!

TI PRANS.— *(Un ojo sobre el libro y otro sobre el «trabajo» de BONI.)*

¿Por qué pues has llagado
a aqueste corazón, no lo sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿por qué así lo dexaste
y no tomas el robo que robaste?

BONI.— *(Arregla las vestiduras de TI TRANS.)* Un poco más abajo estos trapitos. Que se distingan bien los ijares... ¡Justito así! ¡Quieto!... Queda más propio. *(Trabaja sobre su muñeco, ya relleno de arena. Finge que lo moldea y maquilla, con un pincel incluso. TI TRANS se aproxima a ver el resultado. Lo toca con cierto temor.)*

TI PRANS.— ¿No resultará demasiado burbujeante?

BONI.— Tú mismo eres burbujeante, mi lucero... ¿Qué tiene de particular que lo sea tu propia hechura y semejanza?

TI PRANS.— ¿Y le gustan tal que así a la hermanita del sótano?

BONI.— Le encantan. Tiene toda una colección de retratos tuyos debajo de su cama. Como tú la tienes de retratos de ella, mi pequeño depravadillo.

TI PRANS.— Pero me falta uno con destellos de pálida piel entre los pliegues entreabiertos de su vestido glauco. Y que se vea el gladiolo secreto...

BONI.— Lo tendrás, mi pequeñín. Te lo prometo.

TI PRANS.— ¿Me la subirás mañana mismo?

BONI.— No te preocupes de mañana, hijo. Vive tu deleitoso presente y aprovéchate de la imaginación con que fuiste dotado.

TI PRANS.— (*Vuelve a leer.*)

Vamos a la dulce floresta
do natura no fuera escasa,
donde haciendo alegre fiesta
la más calurosa siesta
con más deleite se pasa...

DON.— (*Deja de pasear. Interrumpe la recitación de TI TRANS.*) ¡La hora!

BONI.— (*Toma distancia para contemplar su «obra conclusa».*) ¡Conclusa!
¡Fin! No cabe duda que sin la visionaria concurrencia del arte, la cotidiana realidad terminaría por agostarse.

DON.— (*Más tajante.*) ¡La hora!

BONI.— A tu cama, hijito. A estas horas todas las verdes criaturas se arrebujan en los capullos de su sueñecitos.

TI PRANS.— Sí, papá. Pero no olvides hacerme el retrato de la hermanita. No me quedan estampas para el deleite de la calurosa siesta. (*Desaparece debajo de la cama.*)

DON.— ¡La Providencia nos asista...! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Qué haces, que no das la hora?

BONI.— (*Coge el muñeco, lo voltea como si fuera la clepsidra. Se vacía de arena.*) ¡La hora! (*Coge la vaina vacía y la mete en una de las jaulas.*)

DON.— ¡Sí...! Hora es ya de entregarse a la velada familiar del fin de cada día. Y, ciertamente, que nada hay que resulte más reparador de los embates de lo cotidiano...

BONI.— (*Mientras, realiza una transformación de las prendas que DON viste —o sacando otras nuevas— hasta convertirlas en femeninas. Recubre a DON con ellas.*) Retorna el señor al castillo al fin de su jornada. Se ha encendido el fuego de roble en la profunda estancia recamada de oros, cueros y maderas. Entra el gran perrazo y se arrebuja a los pies del señor; su cabeza al alcance de la mano rascadora. Entra la doncella y se sienta a los pies de su padre; su dorada cabellera al

alcance de la mano acariciante. Sobre la chimenea, en letras escarlatas sobre campo de oro, flamea la divisa del escudo: «A MON SEUL DESIR...».

(Ha terminado de vestir a DON. Él mismo se cubre con prendas femeninas. Mientras lo hace habla con voz rasposa y vulgar.)

Más allá de los fosos del castillo, también vuelven los de la llanura a sus nichos de noche. Suda el cielo sombra y llueve mierda. Siete mil degollados vomita cada estación de los suburbios. Peces pochos y ácido vino sobre el hule de la mesa. Ojos como negros agujeros en la jeta de los críos, alrededor de la mesa. El sueño espeso, luego. Y la vieja, como un paraguas descuajeringado, sobando desparramada al otro lado de la piltra. Jamás se sospechará que la lepra a tantos y tantos colgase de lo oscuro...

DON.— Deja de ocuparte de los que nos son ajenos y descendamos...

BONI.— Descendamos... *(Se ha terminado de vestir y acaba de guardar en un arcón una serie de objetos colgados del árbol o situados en sus proximidades y que van a servir de apoyatura a la representación de la segunda parte.)*

DON.— ¡Hijita! ¡Leidi!... Alumbra un tantico hacia acá...

BONI.— *(Agitando la jaula.)* Y mira la hermosura de hermanito que te bajamos para tu colección... ¡Gallardo como un almirantote! *(LEIDI levanta uno de los candelabros hasta el extremo de su brazo. DON y BONI comienzan a bajar cargados con el arcón de los objetos. El último lleva también la jaula con la «vaina-Ti Prats». Habla con voz de vieja cascada.)* ¡Pobre de mí! ¡Apenas si la traidora reuma me deja ya descender estos escalones del desván...! ¡Cada día me parecen más pinos los muy puñeteros! A las viejas sirvientas, cascadas e inútiles como una, más valiera que se las llevase de una vez la Segadora... Así dejaríamos de ser un estorbo para nuestros buenos amos... *(Al llegar abajo agita la jaula delante de LEIDI, mayestática con su candelabro por encima de la cabeza.)* El de hoy lo encuentro más arrogante que ninguno, ¿no te parece, palomita?

(Oscuro.)

(Al encenderse las luces todo permanece como si no hubiese existido solución de continuidad con la parte anterior –incluso puede prescindirse del intermedio–. BONI y DON depositan en el suelo el pesado arcón. Esparcidos por el suelo de la escena se encuentran otros diversos objetos que, con independencia de los del arcón, van a servir de apoyatura a la acción: una grama de principios de siglo tipo «La voz de su amo», una percha de las llamadas de «árbol», un enorme sillón de madera tallada que debe hacer juego con el lecho barroco de la primera parte, es decir, con el del desván. Deberá existir una escalerilla que permita el acceso a la parte superior de la gran mesa. DON sube a lo alto de la misma. LEIDI, en cuclillas debajo de ella, coloca una marmita sobre el infiernillo encendido y vacía en aquélla el contenido de un pequeño matraz. Efectúa diversos pases «mágicos» sobre la marmita.)

LEIDI.– *(Voz lóbrega.)* Del tuétano de la tierra, del eje de la lluvia, de los estribos del fuego, surgirá el TODO. De la mezcla del todo con la NADA surgirá la piedra verde. De la piedra verde, surgirá el zumo de la negación. Del zumo de la negación surgirá mi libertad... ¡Arde, lumbrecita, arde...!

DON.– *(El uso fingido de la voz femenina por parte de DON y de BONI en esta segunda parte se considera preferible a la conservación de su propio tono.)* ¡Bonifacia!

BONI.– ¿Señora...?

DON.– Mi sillita de labor.

BONI.– Al punto, mi señora. *(Coge el gran sillón y lo sube a lo alto de la mesa con grandes fatigas. DON se entroniza. BONI desciende al nivel de la escena.)*

DON.– ¡Bonifacia!

BONI.– ¿Señora...?

DON.– Mi rueca de labor.

BONI.– Al punto, mi señora. *(Sube dos agujas de hacer punto. Desciende de la mesa.)*

DON.— ¡Bonifacia!

BONI.— ¿Señora...?

DON.— Mi labor.

BONI.— Al punto, mi señora. *(Le sube una gran labor de punto de varios metros de larga, color rosa. Antes de entregársela se arrodilla delante de DON.)* Si me lo permite vuestra gracia, osaría indicarle que su merced haría mejor en reposarse de tantas fatigas como le ocasionan sus altos deberes.

DON.— ¡Trae acá ese jersesito y déjate de aconsejamientos que nadie te ha pedido!

BONI.— No obstante, tanto el mucho respeto como el extremado cariño que siento hacia mi dueña y señora me obligan a insistir en que una siestezuca le sentaría divinamente.

DON.— ¡Basta, arrastrada! ¿Quieres que me nazca un sucesor definitivo sin que tenga con qué cubrir sus tiernas carnecitas? ¡Dame acá! *(Quita la labor a BONI con rudeza. Comienza a tejer. BONI desciende. Al hacerlo, DON se apresura a dejar su labor e, incluso, a destejer, y continúa con esa operación todo el tiempo que permanece sola sobre la mesa.)*

LEIDI.— ¡Arde, libertad mía, arde! ¡Destila todo el veneno estancado en tu entraña!

BONI.— *(Poniéndose de cuclillas, junto a LEIDI.)* ¿Qué te traes entre manos, ahí, tan calladita?

LEIDI.— Ya lo ves, nodriza: jugando con estos chismecitos. Y en paz conmigo misma.

BONI.— ¿Y no crees, palomita, que a tu edad harías mejor entreteniéndote con los regalos que, a diario, te hace la mamá? Sacar lo que permanece oculto en el fondo del armario de los venenos puede resultar harto dañoso.

LEIDI.— ¿Venenos...? ¿De qué venenos hablas?

BONI.— Todas las partes del castillo, todos esos lugares que te pertenecen, las tienes repletas de disfraces, de pelucas, de espejos... Con todo ello puedes sentirte una Leidi diferente en cada jornada. ¡Y también se te ha proporcionado la colección de estampas más hermosas del mundo para hacer compañía a tus juegos ilimitados! ¿Por qué, entonces, andar enredando con el contenido de esa marmita que huele todo a solimán?

LEIDI.— Te equivocas, nodriza. Juego precisamente con lo que quiere la mamá.

Ese caldo es tan sólo comidita para las muñecas.

BONI.— (*Recogido.*) Si fuera solimán, ya sabría yo a quién dárselo.

LEIDI.— (*Exageradamente «inocente».*) ¿A quién, nodriza?

BONI.— «¡A quién, nodriza...?» (*Señalando DON a través del tablero de la mesa.*) ¡A quién habría de ser sino al espantajo reseco de ahí arriba...!

DON.— (*Grita, parando de destejer.*) ¡Bonifacia!

BONI.— (*Sale precipitadamente de debajo de la mesa.*) ¿Señora...?

DON.— ¿Qué haces ahí abajo, gandula?

BONI.— (*Cambia precipitadamente algunos objetos de sitio.*) Pongo un poco de orden en todos estos bártulos. La niña no deja de revolucionar con ellos.

DON.— Más te valdrán esas revoluciones que no otras en que te iba a oler el pellejo a chamusquina.

BONI.— ¿A mí, señora? Tened presente que sólo soy una humilde sirvienta, incapaz de parir ni para bien ni para mal. Lo que se dice un útero del todo imparcial.

DON.— ¡Ya verías, ya! Pero vamos a dejar la cuestión y sube a hacerme un poco de compañía. La soledad me atenaza en esta hora crepuscular.

BONI.— (*Sube sobre la mesa, se arrodilla a los pies de DON y pone su cabeza sobre el regazo de éste, que le acaricia la cabeza como si se tratara de un perro grandote.*) Si la señora quisiera tomar en consideración las palabras que brotan del corazón más leal y devoto a vuestra señoría...

DON.— Habla, Boni querida. Tú eres como una más de la familia. Al fin y a la postre también has nacido en el castillo.

BONI.— Y mi madre. Y la madre de mi madre. Y la madre de la madre de mi madre. Y así hasta la madre más primigenia de todas las madres.

DON.— Lo sé, lo sé... No creas que ignoro cuánto le debe esta casa a la devoción de sus guardeses. Pero dime lo que querías sugerirme.

BONI.— Que, en vez de tantos mimos con esa fierecilla de abajo, deberíais usar la mayor severidad. Unos azotes, a su debido tiempo, hacen milagros...

DON.— Odio la violencia, ¿no lo sabías?

BONI.— ¡Claro que sí! ¡Sin embargo, quiera la Providencia que algún día no tengamos que arrepentirnos por ello!

DON.— Déjate de tus consabidos refunfuños y dime, de una vez, adónde quieres ir a parar.

BONI.— Simplemente quisiera hacer comprender a vuestra gracia que tanta liberalidad no puede conducir a nada bueno.

DON.— No te preocupes, Bonifacia. Yo me sé bien cómo proceder con la niña. (*Suspiro hondo.*) Después de todo, sólo la tengo a ella en el mundo. ¿Qué tiene de particular que, de vez en cuando, le regale alguna cosilla?

BONI.— ¿De vez en cuando...? Cada noche, con la estampa del hermanito último, le bajáis un arcón lleno de cacharros.

DON.— ¡Qué sabrás tú de la imaginación de los señores? Pero no me distraigas más. Hoy me tengo que terminar este delantero.

BONI.— Como su señoría disponga. Pero, por favor, no echéis en saco roto las recomendaciones de los que bien os quieren. (*Baja de nuevo, se acurruca junto a LEIDI, que está machacando una piedra verde en un almirez. Tan pronto como BONI pone el pie en la escalerilla de bajada, DON comienza a destejer cada vez más lentamente a medida que, dando cabezadas, se va quedando dormido/a.*)

LEIDI.—¿Qué hace la mamá?

BONI.— Desteje el jersesito rosa del niño que no tendrás nunca... ¡Preocupaciones de abuela!...

LEIDI.—¡Pobre mamá!

BONI.— Pobrecita, sí, sí...

DON.— (*Como agitado por una pesadilla.*) ¡Cierra la espita de parir, hija maldita!

BONI.— ¿La oyes? Ya vuelve con sus pesadillas de cada siesta. Se conoce que la gran araña no digiere bien todas las moscas que se zampó durante el almuerzo...

LEIDI.— ¡Basta, nodriza! Esa persona a la que te diriges con tan poco miramiento no sólo es tu señora natural, sino también la autora de mis días.

BONI.— ¡La equivocación de una tarde perdida entre las tardes: sólo eso! ¡Además, no me salgas ahora con tus pujos de hijita respetuosa con ese sarmiento! Aunque a los de mi condición no se les concediera el echar críos por entre las patas, bien que tuve que cargar contigo desde que no eras sino un gusarapote de nada, una lombricilla... ¿Y quién te llenó el pico de papilla? ¿Quién te quitó la caca de encima? ¿Quién, los lagrimones

cada vez que esa zurróna de ahí arriba te regañaba? No lo dudes, paloma: ¡tu verdadera madre soy yo!

LEIDI.— Pero la naturaleza no es la historia, mi buena nunú. La sangre es la sangre.

DON.— *(Con nuevos sobresaltos de pesadilla.)* ¡No más sangre! ¡No más partos! La llanura está llena de hijos sanguinolentos expedidos por sus sucias tripas. ¡Cierra la espita de parir, hija maldita! ¡Ciérrala ya! Cada vez que te revuelcas con un hermano engendráis un leproso armado del puñal parricida. ¡Cierra la espita, so perra!

LEIDI.— *(Deja de prestar atención a sus mejunjes, más atenta a las palabras de DON.)* ¿Oíste lo que dijo, ama?

BONI.— *(Acentuando su hipocresía.)* No demasiado. Al fin y al cabo se trata de despropósitos estropajosos. Incongruencias de siesta pastosa...

LEIDI.— Habló de un leproso...

BONI.— ¿Un leproso, tortolita? ¿Estás segura?

LEIDI.— Sí. *(Un tiempo.)* ¿Qué es eso, nodriza?

BONI.— ¡Y yo qué sé! Es la primera vez en mi desgraciada existencia que escucho tal palabra... *(Da repetidos golpes debajo de la mesa.)* ¡Calla ya, reina! Con toda esa porquería de sueños acabarás por desapaciguar a mi paloma. *(DON ronca un rato. En ese espacio de tiempo las dos agachadas contemplan cómo hierve el líquido de la marmita a la que LEIDI ha añadido el contenido del almirez.)*

LEIDI.— *(Profundamente intuitiva.)* ¿Y si llegara a cumplirse en algún otro lugar, exterior y totalmente ajeno? ¿Si algún otro camino pudiera conducir...?

(Interrumpen la anterior reflexión las siguientes intervenciones de DON y BONI, que deben sonar simultáneamente.)

DON.— *(Con un gran grito.)* ¡A lo más hirsuto del bosque con ellos!

BONI.— *(Agita nerviosamente el contenido de la marmita.)* ¿A cuál de tus pequeñas muñecas le gusta más ese caldito? ¿A Celia? ¿A Martita?

LEIDI.— ¿De modo, nodriza, que estás de acuerdo conmigo en que se trata de un mero caldito de jugar?

DON.— *(Con un nuevo grito.)* ¡A las fieras! ¡A las fieras!

BONI.— *(Dando nuevos golpes y más intensos por debajo de la mesa.)*
¡Ciérrala de una vez, cocodrilo!

LEIDI.— ¡Desgraciada anciana...! Si pudieras escuchar las virulentas palabras de una de las que comen tu pan, seguro que estallarías de dolor.

BONI.— Ten por cierto que no. La única manera de que reventara sería rellenándole los cueros con esa ponzoña... *(Señala la marmita.)*

LEIDI.— ¿Ponzoñosa, dices? Sopita de perejil para las muñecas, ama. En eso habíamos quedado.

DON.— *(Levantándose, como sonámbula, de su sillón.)* ¡Que me traigan al instante mi verdugo mayor! ¡A rastras, si fuera preciso! ¡Y que no coma ni duerma ninguno de su oficio hasta que me dejen limpio de recién nacidos el reino!

BONI.— ¡Ya vuelve a las andadas!

DON.— ¡Que no escape ninguno! ¡Rastread los arrabales, sondead las alcantarillas! Antes de que anochezca quiero las cabezas de todos los que no han traspasado la adolescencia. Uno solo escapado de la matanza y se cumplirá lo escrito. ¡A lo más hirsuto del bosque con ellos! ¡A las fieras, a las fieras...!

(Golpes desde debajo de BONI. DON vuelve a sentarse. Ronca al poco.)

LEIDI.— ¿No sería mejor despertarla? Esas ensoñaciones deben de hacerla sufrir horriblemente...

BONI.— Escucha hasta el final lo que se trae en el buche.

(Otro tiempo. Ronquidos supremos en la parte superior.)

LEIDI.— ¡Pobre mía...! Su sueño, a Dios gracias, parece ahora más sosegado.

DON.— *(Con nuevo sobresalto.)* ¡Uno sólo que no sea engullido por las alimañas y será el que se meará en las tapicerías de la sala de respeto, el que se ciscará sobre los terciopelos del torno, el que arrojará mis huesos tristecitos al pudridero insondable. *(Un silencio tras el cual la dormida da un berrido pesadillero.)* ¡Maestresala!

BONI.— *(Sin moverse de su agazapada postura.)* Al instante soy con su magnificencia.

LEIDI.— ¿A qué juegas, nodriza?

BONI.— Siguiéndole la corriente podremos descubrir hasta las últimas sabandijas que le nadan por la sesera. Verás.

DON.— ¡Maestresala! ¡¡Maestresala!!

BONI.— ¿Mileidi?

DON.— ¿Qué sorpresa se me ha preparado hoy en las cocinas para el ágape nocturno?

BONI.— Cuando levantéis, durante la cena, el gran cubrefuentes de plata, hallaréis un lechoncito muy del gusto de la señora...

DON.— ¿Un lechoncito...?

BONI.— Vuestro único heredero. Asadito, doradito y con su ramita de perejil entre los dientes de leche.

DON.— ¡Mi pobre niño asadito...! ¡Qué oblicua imaginación la de esas cocinas!

BONI.— Con una sospecha de yerbaluisa y el todo rodeado de olivillas de vuestro huerto privado...

DON.— ¡Basta! ¡Que se toque a queda! Queremos dormir la paz antecedente al ágape nocturno.

BONI.— (A LEIDI.) ¿Añadiste acónito? ¿O se trata de mercurio?

LEIDI.— ¡Qué terca, nodriza! Sopa verde. Solamente caldito verde.

DON.— (Medio soñoliento.) ¡Condecoradme el cocinero! ¡Que se le ascienda a verdugo!

BONI.— Te dejo, paloma. Es hora de despertar a la arpía. (Se levanta y se dirige hacia la subida a la parte superior de la mesa.)

LEIDI.— Aguarda un momento.

BONI.— ¿Qué tripa se le ha roto ahora a la niña?

LEIDI.— Si ese mejunje fuera, en realidad, el solimán que dices, ¿qué crees tú que pasaría después de beberlo la mamá?

BONI.— ¡Qué pregunta, tortolita! Subirías al lecho de arriba y te convertirías en el amo. El que establecería los calendarios, el que fijaría las horas y, sobremanera, el único autorizado para parir.

LEIDI.— (Muy suave.) ¿Y tú, mi amada nodriza?

BONI.— Sería el camarero más fiel a su señoría. Hasta el sacrificio supremo.

LEIDI.— ¿Así que beberías la sopa que mi hija me sirviese durante las cenas?

BONI.— Sin vacilar. Vuestra gracia tendría en mí el catavenenos más adicto.

LEIDI.— ¡Está bien! El castillo tiene sus raíces bien agarradas. Ve a despertar a tu ama. La hora de la cena se va demorando en demasía.

BONI.— (*Sube junto a DON, le sacude violentamente.*) ¡Despierta, cerdo!
(*DON se despierta con sobresalto. Voz meliflua de BONI.*) ¿Tuvisteis dulces sueños, amita?

DON.— Un serafín no los tiene mejores.

BONI.— Sin duda que soñabais con el señor, cuando vuestras nupcias.

DON.— ¿Por qué supones que mis sueños son frecuentados por esas indecencias?

BONI.— Entonces sería cuando el señor vino a pedir vuestra mano... Aún me parece verlo, rígido y apuesto, dentro de su uniforme de gala.

DON.— No. Tampoco era con eso. Pero, en vista de lo fisgona que eres, te diré con lo que soñaba: el destino me concedía un nietecito.

BONI.— ¿Por fin?

DON.— Por fin.

BONI.— ¿Macho?

DON.— (*En voz baja.*) ¡Habla más recatado, lenguaraz! También en esta planta eres el mismo. ¿Quieres acaso, soliviantar a la niña? (*En tono normal.*) Un nietecito capaz de retomar la antorcha con toda la energía de su entidad recién estrenada.

BONI.— ¿Y era rubito?

DON.— Como el mejor de los oros.

BONI.— ¡Bien contenta que se pondrá la tortolita cuando se entere de la buena nueva!

DON.— ¡Ay, mi buena Bonifacia, no lances las campanas al vuelo! ¡Una cosa son las ensoñaciones y otra, desgraciadamente, la fosca realidad! Para que se cumpliera ese sueño, mi hija tendría que hallar un varón que le nutriese la desolada entraña. Y no se ve aparecer ninguno que le cuadre.

BONI.— ¡Cierto es eso!

DON.— Ni el almirante de anoche.

BONI.— Ni el oficial de notarías del lunes.

DON.— Ninguno... (*Gran suspiro.*)

BONI.— Pero no hay que perder las esperanzas, señora. Hoy la llevaremos de nuevo al baile.

DON.— Pero ¿querrá ir?

BONI.— Irá. Con tal de que le aflojen los grillos se dejaría conducir a los propios infiernos.

DON.— ¡Así es! Deseosa está de que le suelten las riendas para acercarse al dichoso desván. ¿Tú comprendes eso?

BONI.— *(Grave, sin histrionismo. Puede recuperar su voz masculina.)* Y, sin embargo, un día llegará; mucho me temo que buscará otros lugares en donde empollar su enconado rencor.

DON.— *(Voz de hombre, también. Misma alarma que cuando LEIDI se refirió a la leprosería.)* ¿Habló del afuera?

BONI.— Por un momento. Pero fueron vuestras malhadadas pesadillas las que estuvieron a punto de alumbrarla. No dormí de nuevo o me temo lo peor.

DON.— Tendremos cuenta de ello, mi fiel bufón. *(De nuevo con la voz meliflua y femenina)* ¿Qué creará encontrar en ese desnudo desván?

BONI.— Lo mismo se figura que tenemos allí encerrado a un mismísimo macho desnudo.

DON.— Lo mismo se lo figura, sí. Cuando lo único que allí encontraría, como tú bien sabes, serían las muestras de un pasado inmarchitable pero, ¡ay!, totalmente extraño a su alocada juventud.

BONI.— Sólo encontraría el arbolito...

DON.— ¿Y qué podría decirle a ella tal higuera?

BONI.— Nada, desde luego. ¿Cómo podría ella saber que a su sombra rosimalva os vio el señor por vez primera aquel, ¡ya lejano, ay!, estío de mimosas?

(LEIDI saca un libro de entre sus ropas e inicia una especie de letanía pronunciada con voz grave y que sirve de contrapunto al «nostalgario» superior.)

LEIDI.— Acónico. *(Pausa.)*

BONI.— Y sólo encontraría los huesecitos...

DON.— Los huesecitos, sí...

BONI.— De cuando el señor partió de viaje, al mando de su gran fragata y le atacaron aquellas fiebres extranjeras.

DON.— Aquellas fiebres consumidoras.

BONI.— Y cuando nos lo devolvieron, ya sólo era unos huesecitos color barquillo, en el fondo de aquella arqueta de palosanto.

LEIDI.— Beleño. *(Pausa.)*

BONI.— Y sólo encontraría el arbolito...

DON.— El arbolito, sí...

BONI.— A cuya sombra enterramos la arqueta y vuestro vestido de desposada.

DON.— Color petunia.

BONI.— Y el arbolito, después, mustió...

DON.— ¡Pobre acacia querida!

BONI.— Lo arropamos con los mantones de Manila de vuestra mamá...

DON.— Pero no volvió a verdecer.

LEIDI.— Cornezuelo. (*Pausa.*)

DON.— ¿Y qué le dirían a ella las tacitas de porcelana en donde derramamos las acerbas lágrimas de nuestro abandono?

BONI.— Y en donde yo os servía el chocolate y la ceniza.

DON.— Nada le dirían.

BONI.— Nada.

LEIDI.— Estricnina. (*Pausa.*)

BONI.— Y sólo encontraría el arbolito...

DON.— El arbolito, sí...

BONI.— ¡Pobre encina querida!

DON.— A la sombra de cuyas ramas yo mandé colocar mi cama de matrimonio.

BONI.— Y, bajo el edredón de Manila, los huesecitos del capitán.

DON.— Color petunia.

LEIDI.— Belladona. (*Pausa.*)

DON.— Nada le diría todo ello.

BONI.— Absolutamente nada.

DON.— Nada de nada.

BONI.— Nada. (*Gran pausa.*) ¡Memoria ingrata la que no recuerda la impalpable germinación de sus orígenes!

LEIDI.— Arsénico. (*Se deshace el grupo del «nostalgíario».*)

DON.— ¿Qué dice la niña?

BONI.— Se diría que reza.

DON.— ¡Esa hija mía, ahí, encerrada con sus extrañas manías en lugar de salir en busca de un buen partido!

BONI.— Ahora que ya está en edad de asegurarnos la continuidad, bien que podría poner algo de su parte, desde luego...

DON.— ¿Sabes un a cosa, Boni querida?

BONI.— Dígame la señora.

DON.— A veces creo que esa muchacha es como un páramo estéril, incapaz de fructificar.

LEIDI.— Nuez vómica.

DON.— ¿Qué dice la niña?

BONI.— Bajaré a ver.

DON.— Sí, baja y distráela de sus ocurrencias mientras yo concluyo alguna vuelta más. ¡Ay, cuánto daría por verlas todas terminadas antes de ser reducida a polvo inmemorial!

BONI.— ¿Cómo decís tal cosa, mi señora? Larga vida os espera rodeada de todas nosotras y del más adorable de los nietines.

DON.— ¡El buen corazón que tú tienes y que intenta reconfortarme, ama!

LEIDI.— (*Haciendo pausa entre cada nombre.*) Beleño. Adormidera. Muscaria. Solimán.

DON.— ¿Qué dice la niña?

BONI.— Parece que dice *solimán*.

DON.— Anda, baja y haz que se dé el paseíto vespertino por el castillo. Es la hora de que salgan los pretendientes. (*BONI desciende de la mesa. DON se apresura a destejer mientras canta.*)

Ea la ea,
ea la ea,
ea...

De carne de mi carne
nacerá un infantito
como una estrella...

Ea la ea,
ea la ea,
ea...

LEIDI.— ¿Qué hace la mamá?

BONI.— Prepara su eternidad.

LEIDI.— ¿Trascendente?

BONI.— ¡Trascenmierda!

LEIDI.— (*Parte el libro que leía y da la mitad a BONI.*) Dulcamara.

- BONI.— (*Litúrgico/a, conspirador/a.*) *Dulcamarus niger.* (*En voz altísima.*)
Te aflojo estos alambritos y te visto de novia en un santiamén. ¡Ya verá mi jilguerillo en qué vergel de mayo la convierto! (*Le da una palmada en las nalgas.*) ¡Ay, y quién fuera el pícaro abejorrón que se posara en estas hojitas mullidas!
- DON.— Buen chico ese bribonzuelo de bufón. ¡Habrás que ascenderlo a verdugo! (*Canta.*)

Ea la ea,
ea la ea,
ea...

Como una estrella,
como un lucero,
como mil luminarias,
será mi nieto...

Ea la ea,
ea la ea,
ea...

- LEIDI.— Antimonio. Digital. Cáñamo blanco. Beleño negro. (*Espacia, como siempre, cada nombre del otro.*)
- BONI.— *Helleborus nigel...* (*Alto, para que le escuche DON.*) ¡Hay que darse prisa, paloma! Me apuesto a que ya habrá salido más de un galán, loco de impaciencia para verte aparecer entre los tamarindos... (*Bajo.*) ¡El maldito y consabido paseo entre los muñecos...! ¡Bien sabe la puñetera vieja que los trapos no dan simiente capaz de engendrar usurpadores!
- LEIDI.— (*Siempre leyendo en la mitad del libro y espaciando los nombres.*) Adormidera, cólchito, hierba mora...
- BONI.— Datum moro.
- DON.— ¡Hijita! ¡Y tú, ama! ¿Qué hacéis ahí abajo? ¿Qué cuchicheáis?
- BONI.— Nuestras devociones, señora.
- DON.— (*Para sí.*) A cocinero. Más que a verdugo. Habrá que ascenderlo, por lo menos, a cocinero.
- LEIDI.— Mandrágora.

BONI.— Mandrágora vernalis... Ni los trapos simientes, ni el teatro cuchillos que pinchen ni corten. Pero, al menor descuido, tú, paloma, te escurre hacia el desván...

LEIDI.— ¿Y qué pinto yo en el desván, nodriza?

BONI.— ¡La hipocritilla se hace ahora de nuevas! El hermano macho tiene las pujanzas llenas de simiente, y en cada gota de simiente, miles de gusanillos capaces de convertirse en destripadoras de viejas.

LEIDI.— Valeriana. Cianuro.

BONI.— *(A su mitad de libro.)* Cianurus oficinalis... *(Una pausa.)* Lo peor es la llave. La muy puerca la lleva tan pegada al pellejo como una de sus tantas verrugas. En la mismísima cadena de las medallas.

LEIDI.— ¿A qué llave te refieres, nodriza?... Sigues haciéndote la atolondrada, ¿eh, tunantuela? La llave del desván: a ésa me refiero. La del desván de los machos. ¡Si consiguiéramos distraérsela en una de sus siestas de araña!

DON.— ¿Termináis ya, queridas? Si os demoráis en demasía con los afeites de la niña, puede que los pretendientes se retiren, descorazonados por la espera.

LEIDI.— Digital. Estramonio. Laurel cerezo. Cicuta.

BONI.— Digital natus. Estramonio natus. Laurel cerezo natus. Cicuta natus. *(Habrá hablado muy rápidamente; también con mucha viveza sube sobre la mesa al terminar de pronunciar sus latinajos. El cambio debe ser agilísimo.)* ¡Señoría!

DON.— Dime, querida.

BONI.— Desconfiad de todos y de todo. Y, sobremanera, de los que os sirvan de beber.

DON.— Pero, Bonifacia, ¿a qué tal agitación?

BONI.— Y con la llave. Tened cuidado con la llave. Amarráosla al cuello con siete nudos. Se pretende desposeeros de ella en el primer descuido. No relajéis la disciplina o perderéis la hegemonía.

DON.— ¡Cuánta alarma por nada! Descuida, que no me dormiré. Y, a la hora habitual, se te pondrá la sopa en la escudilla. Sigue ahora con tu papel de nodriza. Ten. *(Saca del arcón varias prendas del vestido de novia y se las entrega a BONI. Éste baja cargado con ellas y las cuelga de la percha de árbol.)*

BONI.— *(Cantando mientras cuelga la ropa.)*

El jefe de desvanes
 un libro se escribiera,
 un árbol se plantara,
 de ramas fingideras,
 y en su lecho de mando
 mil príncipes pariera
 sin tripas y sin lumbre
 sólo machos por fuera.

Y el ama de los fondos
 se encargó un libro hembra,
 se plantó su gran árbola
 —abedula o cipresa—
 y se inventó una príncipa
 ayuna de entrepierna
 no se fuera a parir
 asesinos de viejas...

DON.— ¡Continúa con tu misión o no terminaremos en jamás de los jamases!

BONI.— ¡Dicho y hecho, mileidi! ¡Engalanamos a la niña en menos de lo que canta un gallo, y al baile de cabeza! *(Pone en pie a LEIDI y la separa de la mesa todo lo que permite la cadena que le aprisiona un tobillo.)*

DON *canta y desteje mientras BONI parlotea alrededor de LEIDI.)*

DON.— Ea la ea,
 ea la ea,
 ea...

Como una estrella
 nacida de mi carne,
 que seguirá luciendo
 cuando yo muera...

Ea la ea,
 ea la ea,
 ea...

BONI.— ¡Válgame el Divino Verbo y qué desaliñadas me habéis salido las niñas en estos tiempos de mis pecados...! ¿Con tamaños trapejos queréis que se fije en vosotras todo un bizarro capitán de húsares? A buenas horas me hubiese yo presentado, en el capullo de mis mocedades, con semejante facha delante de cualquier apuesto joven... Anda, tráeme acá unas tenacillas que te atuse esos rizos... (*Mímica de hacerlo; también puede maquillarla grotescamente hasta dejarla pintada como un payaso.*) ¿Cómo querías que te pusiera, sobre las greñas que te traías, semejante cascada de tules? (*Pone el velo de novia sobre la cabeza de LEIDI.*) Tu madre y la madre de tu madre, y la madre de la madre de tu madre la llevaron en día tan señalado como éste...

DON.— (*Visionario. Puede ponerse en pie sobre el sillón. Grandes gritos y gestos. Este parloteo puede cubrir la acción de la «investidura» de LEIDI.*) De la altiplanicie trajeron las blondas; de las costas, las arras; del delta, las empapadoras de sangres; todas las regiones del país contribuyeron a mi aderezo nupcial.

BONI.— (*Contempla, arrobado/a, su obra de decoración sobre LEIDI.*) ¡Sultanes me sé yo que darían la mitad de sus rentas por cubrir este prado florido!

DON.— Raúl me aguardaba en el atrio de Santa Gúdula con su capa escarlata de capitán de cazadores...

BONI.— (*Pellizcando las mejillas de LEIDI.*) Ahora, un poco de sonrojillo para animar estos marfiles.

DON.— Soltaron una inmensa bandada de palomas...

BONI.— (*Poniendo entre las manos de la novia un ramo de azahar.*) Y, ahora, el ramo...

DON.— ... y cuatrocientos cañonazos rajaron al unísono el aire cristalino de aquella mañana única...

BONI.— Pero, por lo visto, habrá que agenciarse uno de esos apuestos Raúles... ¡Y bien sabe Dios que no va a resultar tarea baladí! Los jóvenes de brillante porvenir no abundan hogaño. (*Dirigiéndose a DON.*) Ilustrísima...

DON.— Dime, ama.

BONI.— Tengo el honor de solicitar la llave para vuestra hija y heredera.

DON.— (*Desciende desde lo alto del sillón al nivel de la mesa.*) Prometí a la niña que, cuando tuviera la suficiente madurez de juicio para distinguir el bien del mal, aflojaría las severidades de su educación.

BONI.— Ahora se encuentra del todo rodeada por la edad de la razón, y convertida en una señorita, como tal se comportará.

DON.— Doilo por cierto; ten. (*Abre la arqueta y le entrega diversas prendas de atuendos masculinos. Se los entrega a BONI, que los cuelga de la percha mientras canta.*)

BONI.— Cien libras de renta
saca un mal notario
si manda corbeta.

Y un mal almirante,
por cada protesto,
cinco libras lleva.

Ponte charreteras,
corbatas de lazo
y polainas nuevas.

Cuando más correctas
son las vestiduras
más sube la cuenta.

La chupa es dinero
el chaleco, plata,
el chaqué, monedas...

LEIDI.—(*Muy suave.*) Mi tobillo, nodriza...

BONI.— (*Al DON.*) Su tobillo, señora. (*DON le arroja una gran llave que lleva colgada del cuello. BONI abre los grillos. Va a guardarse la llave en el «Seno».*)

DON.— Nodriza...

BONI.— ¿Qué desea la señora?

DON.— Todavía no te toca hacer de ama de llaves. Sólo de nodriza.

BONI.— ¡Qué distracción la mía...! Tomad. (*Devuelve la llave a DON; al hacerlo le habla casi al oído.*) ¡Y recordad lo que os dije: amarráosla al cuello con siete nudos!

DON.— *(Volviendo a su desteje, cantando.)*

Ea la ea,
ea la ea,
ea...

(Entretanto LEIDI, libre de los grillos, ha dado unos pasos por la escena e inspecciona algunos de los objetos que sobre ella se encuentran. Se acerca a los límites del espacio escénico y parece contemplar, con mezcla de curiosidad y terror, el «afuera» de la representación. DON deja de cantar al instante y se dirige a BONI con un grito de alarma. Voz masculina.)

DON.— ¡Bufón! ¡La niña...!

(BONI se precipita a coger del brazo a LEIDI.)

BONI.— ¡No, paloma! ¡Equivocas el rumbo! ¡Te extravías! *(La conduce al centro de la escena. Abarca con un gran gesto todo el ámbito de esto.)* Tu libertad se despliega por este universo. Del otro lado, sólo encontrarías la ambigüedad y el desamparo. La ambigüedad y las sombras roñosas de lo desconocido... ¿Me escuchas, avecica? *(LEIDI da unos pasos en dirección a la entrada del desván. DON vuelve a cantar su nana.)*

DON.— Ea la ea,
ea la ea,
ea...

Y heredará la plata
de mi alcancela
y el oro del puchero
y lo que cuelga
de todas las ramitas
de mis higueras...

Ea la ea,
 ea la ea,
 ea...

BONI.— *(Lleva a LEIDI, cogiéndola del brazo, delante de DON. Ambas se ponen de rodillas. DON pasa del destejar al tejer.)* Os pedimos permiso, señoría, para partir en busca de nuestro preclaro futuro.

DON.— *(Puesto en pie, solemne.)* Mi muy amada hija: aunque no es hábito mío el fatigar tus jóvenes oídos con los dictados de mi experiencia, no es aconsejable dejar pasar este momento solemne sin realzar ante tus ojos la decisiva importancia que entraña, para toda doncella honesta, el matrimonio. Cuando llega la edad de abrazar este rumbo, debe abandonar el celibato como estado ignominioso y altamente perjudicial que es no solamente para su honor y discreción, sino también para la república toda. Debo hacerte notar que una célibe no es solamente perniciosa a la sociedad porque le priva de una madre y de una esposa, sino que su responsabilidad atenta incluso contra la propia naturaleza, puesto que desoye los sagrados deberes que aquélla le impone y que no son otros que la continuidad de la especie: procreación, por otra parte, nefasta y contranatural concebida fuera de los lazos del matrimonio sacramentado. Ve, pues, hija mía, y procede a la perpetuidad de la antedicha especie.

BONI.— Y de vuestra altísima dinastía.

DON.— Así sea. Ahora partid.

(BONI y LEIDI se dirigen al fondo de la escena y el primero saca unos maniqués de mimbre o de trapo semejantes a los bustos de pie torneado que servían hace años de probadores a las modistas. BONI, sacándolo del arcón, entrega a LEIDI un abanico y una sombrilla de mucho encaje. Sigue un ballet de ritual grotesco efectuado por una LEIDI coqueta-tímida-lúbrica alrededor de los maniqués. BONI sigue las peripecias del juego reforzando su significación con una mímica de señorita de compañía-alcahueta. DON, subida a su trono-sillón, contribuye a la ilustración de la escena con su empaque verbal.)

DON.— Schoëbrun, allá, en los altos del Igueldo, se disuelve en los últimos nácares del poniente mientras las vaporosas muselinas de las damiselas son agitadas por las suavísimas brisas que el crepúsculo levanta del Tíber eterno. El landó del vizconde aparece al fondo del túnel formado por los tejos centenarios.

BONI.— Acacias, ilustrísima, acacias... No os olvidéis del preceptivo sexo de los árboles.

DON.— ... por las acacias centenarias que rodean el balneario al tiempo que, en el templete central, la banda del quinto de coraceros ataca el alegre con suave ímpetu. Al llegar a la altura de nuestra heroína, el vizconde levanta su elegantísimo sombrero de un delicado color gris perla, mientras su rostro se ilumina con la más seductora de las sonrisas...

BONI.— *(Ha ido poniendo algunas prendas sin demasiada relación entre sí —por ejemplo, una casaca militar con una chistera «gris perla»— a uno de los maniqués; hace saludar a éste «quitándole» repetidas veces el sombrero.)* Puedes corresponder, paloma. Una discreta inclinación a nada compromete, aparte de que ya fuiste presentada al señor vizconde en la *soirée* de la duquesa de Guermantes... *(Saludo de LEIDI dentro del tono grotesco del ballet. BONI pasa a otro muñeco. Igual juego con otras prendas que va descolgando del árbol-percha.)*

DON.— Más allá de la pulida caoba que refleja los mil destellos de la gran araña del techo, el misterioso caballero dejó la copa de champán sobre la mesa y, sin proferir el menor vocablo, fijó su sombría mirada en el rostro fascinado de nuestra protagonista. El seno de la joven comenzó a latir con loco apresuramiento bajo el ramillete de violetas que adornaba el descote de su vestido de terciopelo carmesí...

(LEIDI, como fascinada delante del segundo muñeco, comienza a quitarse el vestido de novia, empezando por un zapato y una media.)

BONI.— ¡Basta ya, paloma! Si persistís en esa descocada actitud, tan impropia de una verdadera señorita, me veré obligada a ponerlo en conocimiento de vuestra señora madre... ¿Me oyes, palomita? *(LEIDI, como sonámbula, continúa desnudándose hasta que BONI se apresura a ponerle delante un nuevo muñeco.)*

DON.— En el estío visitábamos las propiedades que mis tíos poseían en el corazón de los Cárpatos: un adorable palacete rodeado de abedules de plateada corteza, como todos los que crecen en aquella parte del Palatinado. Y ¿por qué no decirlo? Entre los mil encantadores detalles que me hacían desear con inusitado anhelo el comienzo de las vacaciones, no era el menor, ciertamente, la desbocada amistad que Rodolfo, el primogénito de mis primos, me inspiraba.

LEIDI.— (*Alrededor del muñeco.*) ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodol...!

BONI.— ¡Cordura, paloma, cordura...! Recordad el grado de parentesco que os une a vuestro primo. La formalización de vuestras afinidades requeriría licencia de Su Santidad misma.

DON.— (*Meloso, cerrando el último de los libros de los que se puede haber valido para su fascinación «literaria».*) ¡Hijita...!

LEIDI.—Os escucho, madre mía.

DON.— Ya te veo familiarizada con los cortejadores que te fueron presentados. ¿Elegiste, pues, entre ellos?

LEIDI.—Ya me veo familiarizada con los héroes salidos de vuestras plumas mejor cortadas. Y trabajo me daría el elegir entre ese cogollo y nata de bellísimas letras.

DON.— Y, sin embargo, sólo un bienafortunado puede alcanzar el premio de tu manita.

LEIDI.—Hortensio, Eulalia, Carolino, Raúl, Rodolfo... Cualquiera puede valer con tal de que se apresure a jugar el papel...

DON.— ¡Ay, Boni...! ¿No encuentras desmesuradas estas novelorías de la niña?

BONI.— ¡Ciertamente que sí! Sin duda producto de tantos librotos sobre los que consume esas estrellas de ojos. La niña lo que necesita es frecuentar jóvenes de carne y hueso que liberen su cabecita de tantos vapores poéticos...

DON.— ¡Hazla, hazla conocer varones de pelo en pecho! Condúcela al baile donde su corazón pueda palpitar junto al masculino ardor de sus admiradores...

BONI.— (*Coge de los maniqués algunas prendas y se las pone sobre sí mismo. Se acerca LEIDI.*) Mamuasel: ¿considerarías demasiado atrevimiento por mi parte el pretender que mi nombre escrito se viera en vuestro adorable carnet de baile?

LEIDI.—Perdonadme, mesié, si ni alcanzo a recordar cuál es vuestra gentil gracia.

BONI.— *(Con un gran taconazo marcial.)* ¡Conde Bonifacio Von Eströennchentz!

LEIDI.— ¿Os hace juego el «Bello Danubio Azul»?

(DON pone un disco en el gramófono o él mismo tarea la música pedida u otra similar. Nuevo taconazo de BONI antes de enlazar el talle de LEIDI, que se recoge —o finge hacerlo— la cola del vestido. Danzan.)

BONI.— ¿Percibís mi cálido aliento de varón?

LEIDI.— ¡No lo he de percibir...! Y no sólo el hálito: todo vos ardéis y pujáis...

BONI.— Entonces, ¿ese temblor que os recorre...?

LEIDI.— Sólo una pequeña porción a causa de vuestra turbadora masculinidad. La parte del león se la lleva la mera sorpresa.

BONI.— ¿Cómo así, mamusel?

LEIDI.— Una sólo se sospechaba hielo, hueco y castración bajo la severidad de vuestro frac..., ¡y he aquí que se encuentra con tiasas hogueras!

BONI.— Aún os esperan otras maravillas de mayor porte.

LEIDI.— Bienvenidas sean si os apresuráis a mostrármelas.

BONI.— ¡Aguardad, pues!

(LEIDI sigue danzando en solitario mientras DON hace mímica de tocar un violín. BONI efectúa un rápido cambio de prendas. Se aproxima de nuevo a LEIDI.)

¿Bailamos, bella desconocida?

LEIDI.—*(Reverencia aquiescente.)* De acuerdo, bello desconocido. No nos demoremos más. *(BONI la enlaza. Ella se dirige a DON.)* «Sueño de amor» o algo por el estilo, maestro. *(Mismo juego anterior.)*

BONI.— ¿Qué secreta fragancia se desprende de esa redoma exquisita que sois toda vos? Decídmelo, bella desconocida.

LEIDI.—Se trata de dulces ajos.

BONI.— ¿Ajos, bella desconocida?... ¿No os equivocáis de hierba?

LEIDI.—Perdón, mesié. Se me fue un instante el compás del juego... Heliotropo, narciso, alhelí: ¿cuál preferís que exhale?

BONI.— ¿Cómo saber...?

LEIDI.— ¡No dejadme con la galante incertidumbre...!

BONI.— ¡Aguardad, pues! (*Gesto de BONI a DON. Renovación de la música y nuevo cambio de prendas con un ritmo creciente. Vuelve a enlazar a LEIDI, que no ha dejado de danzar.*) Solamente para mi amada prima y para mí tocarán esta noche los zíngaros...

LEIDI.— Sí, primo mío. La música será como una campana de mágico cristal que nos aislará del resto del universo...

BONI.— ¿Convenceré a mi adorable prima para que salga conmigo a pasear al parterre, bajo el magnolio impregnado por el fulgor estelar?

LEIDI.— (*Muy dulce.*) La adorable prima saldrá con vos a la terraza y allí, bajo el magnolio impregnado por el fulgor estelar, permanecerá transida de impacencias...

BONI.— Et qu'attendra-t-elle, mon adorable cousine?

LEIDI.— Ímpetus y enjundias. Tal es lo que la adorable prima esperará de su adorable primo.

BONI.— Quel étrange espoir, mademoiselle...!

LEIDI.— Extraña, pero necesaria para llegar a sentirse, bajo el magnolio impregnado por el fulgor estelar, todita desvirgada...

BONI.— (*Voz de mujer.*) Pondremos nuestra mayor mañosidad para que te salgas con la tuya, paloma.

LEIDI.— Y tal vez lo consigas, nodriza. ¡La poesía hace milagros!

BONI.— Dancemos, entretanto.

LEIDI.— ¿No es suficiente zarandeo, nodriza?

BONI.— (*A DON, sin dejar de bailar.*) ¿Es suficiente, señora?

DON.— (*Después de un tiempo en que continúa la danza.*) Hijita...

BONI.— Creo entender que os requiere vuestra señora madre.

LEIDI.— (*Dejando de danzar.*) ¿Qué se os ofrece, mi señora madre?

DON.— Entre tanto apuesto joven como habéis valsado en esta mágica suaré, ¿encontraste alguno de tu agrado?

LEIDI.— (*Siempre dulcísimo.*) ¡Cenaremos después del intento?

DON.— Celebraremos la pasión de la cena. Apuraremos el cáliz de la ingratitude filial hasta las mismas heces.

LEIDI.— De acuerdo, madre mía.

DON.— ¿Cuál, entonces?

LEIDI.— (*Recatada.*) Los latidos de mi corazón no irán más allá del elegido por mi padre y por vos. Segura estoy de que vuestro acierto será cumplido.

DON.— Aportádselo, pues.

BONI.— ¿En cuál quedamos? ¿El capitán de notarios, el pasante de lanceros, el vizconde de poetas?

(Durante la «tentación» siguiente, BONI pone todas las prendas —a varias de ellas— amontonadas sobre uno de los muñecos.)

DON.— (*Tentador, a LEIDI.*) El de acá es un caballero de noble familia, dueño de propiedades, joven, de la mejor educación... Leed en el libro de su rostro y encontraréis el deleite escrito con la pluma de la belleza. ¡Modelo de varones, en verdad! ¡Verona no dio en estío una flor que se le asemeje!

LEIDI.— (*Soñadora.*) Ciertamente toda una flor...

DON.— El de allá en Dios y alma no tiene hiel; gracias, dos mil; en franqueza, Alexandre; en esfuerzo, Héctor; gesto de rey, jamás reina en él la tristeza; gran justador; armado, un San Jorge; fuerza no tuvo Hércules tanta; la presencia, facciones, disposición y desenvoltura otra lengua habría menester para las cantar...

LEIDI.—Y a ese amador solitario, a ese valioso libro de amor sólo le falta, para acabar su embellecimiento, la cubierta, la amada esposa..., ¿no es cierto?

DON.— El de acullá...

LEIDI.— (*Interrumpiéndole, más dulce que nunca.*) Trabajo me daría elegir entre ese cogollo y nata de clásicos. Servíos hacedme una mezcla con todos. Pero no seáis demasiado tarda.

BONI.— (*Acercándose con su muñeco ya dispuesto.*) ¡Ay, paloma...! ¡Siempre con tus urgencias! ¡Cualquiera pensaría que te arden ansias conyugales! ¡Menos mal que una es previsora! (*Coloca al muñeco junto a LEIDI y ambos frente a DON.*)

DON.— (*Muy rápido.*) Tú, hija, prometes...

LEIDI.— (*Con nueva interrupción.*) ¡Sí! ¡Por supuesto que sí! Prometo ser dichosa en la desgracia y amarlo en la enfermedad legítima y dar separación a la muerte de nuestros hijos hasta que la felicidad nos separe...

BONI.— (*Reconveniente.*) ¡Paloma, palomuca...!

DON.— Y tú, hijo, ¿te avienes, asimismo, a la consumación de este solemne acto para alcanzar la suprema amalgama de un solo almarío y de una carne única?

BONI.— (*Pone el oído en la espalda del muñeco.*) ¡El galán rezuma afirmación de pies a cabeza!

LEIDI.— (*Al muñeco.*) Ahora, mi bello, vizcondal, tenebroso y desconocido primo, llegó para ti la hora sin cáscara; la ocasión de probar sobre el tálamo crudo de lo que eres capaz, el instante de dejarme preñada en un vuelo... La mamá tiene ese capricho.

BONI.— Aguadaréis, por lo menos, a que me ponga el uniforme. (*Se pone los guantes rojos que ya usó en la plataforma superior y que saca de la arqueta. Ayuda a LEIDI a subir a la mesa y a tenderse al pie del sillón de DON, que se inclina, siempre sentado en él, con curiosidad. Pone el maniquí, también tumbado y supervestido, sobre la actriz. Mientras efectúa esta operación no deja de cantar.*)

Para que el gran Amor
nos entregue sus dones,
dejad a los amantes
en mullidos colchones.

Tapad a los amantes
desde pies a cabeza
y lo demás lo hará
la Gran Naturaleza.

En silencio y sosiego
fructifica el amor:
silencio, soledad
y un poco de calor...

Tapad a los amantes
desde pies a cabeza
y lo demás lo hará
la Gran Naturaleza.

Dará el amor sus frutos
bajo el muñeco amado
con sólo tener fe
en que se haga el milagro.

Tapad a los amantes
desde pies a cabeza
y lo demás lo hará
la Gran Naturaleza.

(Se coloca junto a DON acompañándole en su expectación sobre la «pareja».)

DON.— Penoso resulta carecer aquí debajo de nuestra buena clepsidra. Nos ayudaría a calcular el tiempo apropiado.

BONI.— Procurad templar esas impaciencias de abuela. Rezad un credo: poco más o menos es lo que suele durar.

DON.— Ya rezo, ya. *(Otra pausa prolongada.)*

BONI.— Pero ¿se portará dignamente con mi pobre palomita?

DON.— ¡Mujer...! Parece que tú también tienes tus zozobrillas...

BONI.— En realidad, ¡es tan joven...!

DON.— Ten en cuenta que se trataba de un muchacho de la adecuada educación. ¿Le hubiera yo concedido la mano de la niña de otra manera?

BONI.— ¡Con tal de que no le haga ninguna carnicería...!

DON.— Lo más importante es que nos llegue enterito el resultado, sin que le falte cacho alguno.

BONI.— En todo caso hoy no es miércoles.

DON.— ¡Claro...! *(Otra gran pausa.)*

BONI.— ¿No están demasiado callados?

DON.— Los deberes más excelsos se cumplen siempre bajo la gran cúpula del silencio; no lo olvidéis.

BONI.— Sí, pero hay que reconocer que algún que otro quejido...

DON.— ¡Calla, loco! Acabarás por ponerme nervioso a mí también.

(Gran grito de LEIDI debajo del muñeco.)

LEIDI.- ¡RODOLFO! ¡RODOLFO!

DON.- ¿Rodolfo? Pero ¿no era Raúl?

BONI.- ¡Ay, señor...! En tales circunstancias, ¿quién no marra?

LEIDI.- ¡Rodolfo, Rodolfo...! ¿Por qué me abandonas en esta estepa de sufrimiento? ¿Dónde te has metido, Rodolfo?

BONI.- Una miaja de paciencia. Ya me llego. (*Quita el maniquí de encima de LEIDI.*)

LEIDI.- ¡Qué vergüenza tan horrible...! No sé cómo explicar la deplorable situación en que me hallo. ¿Qué podría decir?

BONI.- Simplemente puedes clamar: «¿Cómo pudimos, Raúl? ¿Cómo pudimos?».

LEIDI.- ¿Raúl? Pero ¿no era Rodolfo?

BONI.- Anoche era anoche. El mundo es perfeccionable.

LEIDI.- ¿Cómo pudimos, Raúl? ¿Cómo pudimos?, dime.

BONI.- (*Lírico, tomando una mano de LEIDI.*) Yo tenía una de mis violentas melancolías y tú te habías envuelto en aquel vestido profundo como un agua con berros. Yo me había engalanado la casaca de invierno con la Orden del Elefante. Tus ojos eran como niebla en el bosque y la seda de tus hombros despedía un perfume a mar y a verbena...

DON.- ¡Está bien, está bien...! ¿Acabáis o no? ¿Tenemos o no tenemos descendencia?

BONI.- (*Levanta el vestido de novia, escruta debajo. Gesto de desolación.*) ¡Ni rastro...! Tal vez estuviera equivocada de fecha y hoy también sea uno de esos miércoles de parir vientos.

DON.- ¡Amargo sino el mío, ése de ser último extremo de mi estirpe!

BONI.- No desesperéis, mi buena señora: hay muchos días en los calendarios...

DON.- Pero poca voluntad en las entrañas...

LEIDI.- (*Se pone en pie con toda rapidez.*) Yo ya cumplí mi parte de impostura. ¿Cenamos ahora?

DON.- (*Lento, muy grave.*) Cenamos... Pero ¡ay de nosotras y qué triste resulta un cortejo de mujeres solas alrededor de la mesa!

LEIDI.- Lóbrego es siempre un banquete de exequias...

(Va por el infiernillo y lo lleva, en compañía de la marmita, con la solemnidad ceremoniosa que, en adelante,

ha de tener el desarrollo de la escena. Puede sonar, como apoyatura sonora, una música de réquiem.)

Del tuétano de la tierra, del eje de la lluvia, de los estribos del fuego surgió el Todo. De la mezcla del Todo con la Nada surgió la piedra verde. De la piedra verde surgió el zumo de la negación. Del zumo de la negación surgirá mi libertad. El líquido ya ha cuajado en el propicio estado de la plenitud. Acerca la copa, amita.

BONI.— *(Saca una gran copa tallada del fondo del arca. Recita, sacerdotal.)* ¡Y cualquiera que sea el resultado de los augurios, nos sentaremos en la mesa familiar y daremos su merecido a los que nos trajeron a este mundo de desolación! ¡Está decretado! *(Hace descender el gran sillón de lo alto de la mesa y lo coloca a nivel de la escena en un extremo de aquélla. DON se sienta sobre él. LEIDI ocupa el otro extremo en una sillita que BONI le habrá, siempre con ceremonia, aproximado. El fuego queda, mágico, en el centro de la mesa.)*

DON.— Ahora, mi entrañable amiga, antes de que nos sean servidos los manjares preparados por las cocinas oscuras, haz pasar a los trovadores y que pongan con sus músicas un contrapunto apropiado a la solemne melancolía de esta hora parda...

BONI.— *(Da una voltereta y acude a sacar el instrumento —preferible una trompeta original, de tono agrio— con que se va a acompañar.)* Nobles damas: los bufones, los trovadores, los albañiles de la tragedia y trompeteros de la consumación os saludan. *(Canta dando saltos y pirouetas alrededor de la mesa. DON y LEIDI se contemplan, con hipnotizamiento mutuo, a través de la llama que los une y los separa. Continúa, tenue pero eternamente presente, la música del miserere.)*

Es noche de fiesta
en la gran choza
de mármoles y huesos
del Jefe de la Tribu.

Los cuatrocientos hijos
del Jefe de la Tribu
Alrededor están
del Gran Padre Común...

El Jefe de la Tribu
 arrebuñado yace
 bajo la piel del hijo
 sacrificado anoche.

Pero la piel del niño
 ya no abriga bastante
 y estremecido yace
 de vejez y de frío y de mando...

DON.- ¡Copero...!

BONI.- *(Deja de tocar, se acerca a la mesa.)* ¿Mi señor...?

DON.- Siento frío por el fondo de los huesos. Como escarcha entre tuétanos.

BONI.- ¿No os da suficiente calor la piel de vuestro nieto?

DON.- Viento fue. Humo, oquedad y vacío.

BONI.- Ilusión de un miércoles desdichado...

LEIDI.- Bebed vino, venerable padre. Bienaventurados los que beben vino en tiempos de beber vino. Eso siempre calienta.

DON.- ¿No oyes, copero...? Sírreme vino de las cepas de mi hija... *(Un tiempo con la copa tendida, furioso.)* ¡Sé más diligente, enano de mierda! *(BONI llena la copa con el líquido verde de la marmita. DON levanta la copa.)* ¡Fascinante tintura la de este líquido transverberador! ¡Sigue cantando, bufón!

BONI.- *(Cantando.)*

El más pujante
 entre los cuatrocientos hijos
 del Jefe de la Tribu
 invita al Gran Padre
 a clavarse a sí propio
 la azagaya de la renovación
 en el pecho podrido.

LEIDI.-*(Dulcísimo.)* Bebe, mamaíta...

DON.- *(Contemplando el líquido a través del cristal de la copa alzada.)*

El vino de tus viñas ha de saber bien amargo, hija mía...

LEIDI.—Anoche y todas las noches anteriores, desde que jugamos esta comedia, lo bebisteis y nada os pasó.

DON.— Pero, según el oráculo, el vino del teatro puede convertirse en leche de matar. (*Deja caer lentamente el contenido de la copa sobre la mesa.*) ¿Ya terminaste tu balada, poeta?

BONI.— Algo queda.

DON.— Apúrala, pues.

BONI.— (*Piruetas reverenciales.*) ¡Séase vuestro solo deseo! (*Canta.*)

El Jefe de la Tribu
no se atreve a clavarse
en el propio corazón
el cuchillo.

Del pecho del Gran Jefe,
bajo la piel del niño
sacrificado anoche,
sólo surge un vagido
de cobarde pavor...

LEIDI.—(*Retomando la canción.*)

Cuatrocientas
azagayas filiales
atravesan entonces
el corazón gastado
por el tiempo y el tiempo
de mandar en la tribu...
Y comienza el banquete

(*A BONI.*) ¡Sirve vino, copero! El padre tiene la copa vacía. Y tenemos que brindar por su gloria intransferible...

(*BONI vuelve a escanciar líquido verde de la marmita en la copa abandonada sobre la mesa.*)

DON.— (*«Hondísimo»*.) ¡Puesto que es necesario concluir, se concluirá! Hay un tiempo para representar y otro para la autenticidad consumadora. A fin de cuentas, bueno es descansar de la fatiga de conducir a tan díscolos súbditos. (*Vacía la copa de un solo trago. Canta entre estertores «agónicos»*.)

... y comienza el banquete
 en donde se devoran,
 hasta el último hueso,
 los residuos del Padre.

Es noche de gran fiesta
 en la Primera Choza,
 en la Choza del Mando,
 en la Choza de Sangre
 de los Hijos del Jefe de la Tribu...

(*Se deja caer sobre la mesa. Rueda la copa. Aumenta al máximo la música sacro-coral.*)

LEIDI.— Aguarda un poco, padrecito. Te falta repetir la gran frase final que quedará grabada en las piedras gloriosas de las literaturas...

BONI.— Podéis elegir entre aquello de «Come, thou mortal wretch, whit thy sharp teeth this know intricate of life at once untie»... (*Pausa.*) O lo del sonido y la furia del idiota...

LEIDI.— En todo caso, los aplausos están asegurados. La ceremonia, cumplida.

DON.— (*Levantando la cabeza con un esfuerzo «supremo»*.) Espero que los capaces de asesinar a sus padres lo sean también de portar la pesada corona del imperio con la misma nobleza con que la portamos nosotros.

BONI.— Amén.

LEIDI.— (*Después de un largo silencio, esperando a que DON se quede inmóvil, medio cuerpo sobre la mesa.*) Amén.

(*BONI y LEIDI llevan, arrastras, el «cadáver» de DON hasta colocarlo en el suelo, delante de la mesa. BONI*

quita parte de la indumentaria de DON y se la ofrece a LEIDI con gentil reverencia. LEIDI se la pone.)

BONI.— Vuestro padre ha muerto. Ahora sois vuestro padre, mi señora. Disponed y ordenad.

LEIDI.— Mi papel dispone y ordena que disponga y ordene la exequias en honor de nuestro muerto padre.

BONI.— Cumplamos nuestro papel, mi señor. ¿Cómo honraremos la memoria del que fue lo que ahora sois?

LEIDI.— Como siempre: danzando, mi bufón.

BONI.— Dancemos, como siempre, mi señora.

(Gira. Música de exequias.)

LEIDI.— Dancemos de la danza de exequias. Dancemos de la muerte del padre.

BONI.— Dancemos de la resurrección del hijo.

LEIDI.— Dancemos de la danza de exequias. Dancemos de la muerte del hijo.

BONI.— Dancemos de la resurrección del padre.

LEIDI.— Dancemos de la danza de exequias. Dancemos de la muerte de los calendarios.

BONI.— Dancemos de la resurrección de los relojes.

LEIDI.— Dancemos de la danza de exequias. Dancemos de la autorización para parir.

BONI.— Dancemos, dancemos, dancemos...

LEIDI.— Dancemos de que en el principio era el padre.

BONI.— Dancemos de que en el centro es el hijo.

LEIDI.— Dancemos de que en el futuro será el padre.

BONI.— Dancemos, dancemos, dancemos...

LEIDI y BONI.— *(A coro.)* Dancemos de que antes del padre, en el padre y después del padre. Dancemos de que antes del hijo, en el hijo y después del hijo...

LEIDI.— Tal es la rueda.

BONI.— Tal es el papel.

LEIDI.— Cada noche es la danza de la rueda. Cada noche es la danza del ir y del venir.

BONI.— Cada noche es la danza del pan y del resentimiento. La danza del vino y la ceniza.

LEIDI.— Hasta el borde de la libertad rueda la rueda. Hasta el borde del juego.

BONI.— (*Dejando de danzar.*) Y, luego, mi gentil dueña, ¿qué es lo que cumple?

LEIDI.— Luego el unto de la rueda retrocede. Y lo que fue, es. Y lo que es, será. Y el amo hereda al amo, mi gentil bufón. (*Una gran pausa. Se contemplan uno al otro.*) Pero hoy siento en el aire un extraño olor definitivo, un olor a sueño estancado, un olor a juego desenredado, un olor a libertad desenruedada... PADRE NO DESPERTARÁ.

BONI.— ¿Es ésta, pues, la noche mil y una que sigue a las mil noches repetidas? ¿La noche que siempre esperaste...?

LEIDI.— Así es, bufón. Así es, fidelísimo bufón. Ésta es la noche entre las noches. Así lo disponemos nosotros, aunque no lo disponga nuestro papel. La rueda se ha parado.

BONI.— Y la profecía se cumple. (*Se acerca al «cadáver» de DON y le da una patada. DON se estremece y gruñe.*) Sin embargo, parece que se estremece y gruñe.

LEIDI.— ¡Pero no despertará! Así lo disponemos nosotros, aunque no lo disponga nuestro papel.

BONI.— ¿Sola, entonces, y libre, mi gentil paloma?

LEIDI.— Sola y libre, entonces, mi gentil Bonifacio.

BONI.— ¿Y ahora...?

LEIDI.— Ahora subiremos allá arriba.

BONI.— (*Fingiendo, hipócritamente, la hipocresía.*) ¿Arriba, dices? ¿En ese desván repleto de recuerdos inútiles?

LEIDI.— Deja de jugar. La rueda se paró, ya te dije. El mecanismo consolador dejó de funcionar...

BONI.— Pero, en verdad, no creo que debieras... ¿Quién sabe qué peligros...?

LEIDI.— (*Imperiosa.*) ¡Hazte a un lado, bufón! Continúa tú, si lo deseas, tu papel de rata de portería. Vete a hocicar en las antiguas piltrafas del padrecito... (*Comienza a ascender hacia el desván. BONI se dirige parsimonioso hacia el arca y saca una sartén, un frasco con aceite y un par de huevos.*)

BONI.— En las ansiedades del poder terminan por perecer los poderosos. Sólo los que nos avenimos a la humildad de los alimentos terrenales tendre-

mos ocasión de perdurar... *(Pone la sartén sobre el infiernillo, echa aceite en ella, casca los huevos, los frie, etc. Entretanto ha llegado LEIDI al desván. Se detiene un tiempo frente al árbol. Aparece TI PRANS surgiendo de debajo de la cama. Comienza a examinar a LEIDI, extrañado.)*

TI PRANS.— ¿Quién eras tú? ¿Eras un árbol?

LEIDI.— Escucha, hermanito: no era; soy. Y no un árbol. Pero se quería que yo formara parte del árbol, enroscada en el árbol, emponzoñando el árbol...

TI PRANS.— ¿Quién eres tú? ¿Por qué me llamas hermanito? *(Comienza a investigar entre las ropas de LEIDI. Entretanto Boni come sus huevos y sacude con el pie a DON sin dejar de masticar.)*

BONI.— ¿Así miras por el honor de tu casa, señora mía? Mientras chapoteas en tus dulces ensoñaciones he aquí que tu única hija, la excepción entre las excepciones, debe revolcarse entre los barro de tu deshonra...

DON.— *(Se incorpora.)* ¿De modo que os aprovechasteis de mi reposo...?

BONI.— *(Se encoge de hombros; engulle huevo.)* ¿Qué queréis, mi señora...? Ya os previne que no abatierais el párpado un solo instante. Una ligera cabezadita y la comedia se convierte en tragedia inexorable. Un descuidito y el vino del teatro deviene leche de matar...

DON.— ¡La majestad humillada por la zafia concupiscencia! *(Patéticamente «sesperiano».)* Oh, Scotland, Scotland... On tuesday last a falcon, towering in her pride of place was by a mousing owl hawk'd and kill'd...

BONI.— El lunes, de padrecito del Castillo, y el martes, todo para los hijos y los perros... ¿No es lastimoso, monitor?

DON.— Ciertamente lastimoso, mi pobre perro. Pero ¿crees, acaso, que la zanca que te cederán los nuevos amos será más sustanciosa que la de tus antiguos beneficios?

BONI.— ¿Quién sabe...? Tal vez la librea que me proporcione el futuro almirantito será menos raída que la tuya. En todo caso tendremos la respuesta cuando salga del horno lo que ya está cociéndose allá arriba.

(TI PRANS ha descubierto el cuerpo de LEIDI.)

LEIDI.— ... y de aquel árbol pendían manzanas redondas como pechitos de muchachas, frutos dorados como vientrecitos de muchacha. Pero no eran pechitos de muchacha ni vientrecitos de muchacha...

TI PRANS.— *(Pone una mano sobre el pecho de LEIDI; lo retira con sobresalto.) ¡Quema...!*

LEIDI.— ¡Tonto...! Ese fueguito no llega a quemar. Sólo calienta los labios de los hermanitos que se acercan a él... ¿Tienes frío en los labios, hermanito?

TI PRANS.— ¿Y amargan tanto...? Padre dice que todo lo que no pertenece al árbol aquel, aunque se parezca al árbol aquel, amarga como el acíbar y las hieles...

LEIDI.— ¡Tonto...!

(BONI, siempre con su sartén y sus huevos, se ha acercado al desván y finge escuchar. DON se ha separado, en cambio, de la entrada del desván. Gesto supremamente irónico que BONI no puede ver. De frente a los espectadores ofrece una actitud firme, con las piernas abiertas. Sus palabras contrastan con su actitud.)

BONI.— Y, a lo que parece, las sibilas terminaron por llevarse el gato al agua...

DON.— ¡Recréate en hurgar en mi dolor, recreáte! ¡A mí, que prometí llevar siemprevivas a tu tumba mil veces al año y durante mil años, así me pagas!

BONI.— ¡Silencio, mono! ¡Déjame escuchar los crujiditos del colchón!

LEIDI.— Y los frutos del prohibidor eran fríos como la muerte. Y cada noche se bajaban un fruto de aquel árbol de figuración y de muerte. Y mis noches se repetían en medio del yermo, de la figuración y de la muerte... Pero mi tonto hermanito poseía un fruto cálido y dulce como el vino y el azúcar. Un fruto cuyo zumo era el propio vino y azúcar de la vida... *(LEIDI toma un papel activo y comienza a desnudar a TI TRANS. Éste parece cada vez más desasosegado.)*

BONI.— *(Recita con irónica grandilocuencia.)*

Y las manitas de nuestra heroína
descienden y descenden por las profundidades de su amado
hasta llegar al secreto gladiolo,
mientras relámpagos de pálida piel
destellan entre los pliegues entreabierto
de su vestidito glauco...

DON.— *(En el culmen del fingimiento.)* ¡A mí la guardia! ¡Aplastadme a esa hija relapsa! ¡Aplastádmela! *(Sacude a BONI, que, con la boca llena de huevo, parece relleno de satisfacción de su pretendida victoria.)* ¡Detenla! ¿No has oído, enano de mierda? ¡Deténmela! ¡Aplástamela!

TI PRANS.— *(Sin violencia, en lucha entre su enajenación y su instinto.)* Padre dice que culebras hediondas, que serpientes rasposas... Tú tienes que raspar... *(Una pausa.)* Hiedes... Serpiente, culebra... *(Echa las manos al cuello de LEIDI y comienza lentamente a estrangularla. Actúa casi con inocencia. LEIDI habla, medio asfixiada.)*

LEIDI.— El vino y el azúcar verdaderos, el vino y el azúcar de la vida...

TI PRANS.— *(Casi lloroso.)* ¡Nido de putrefacción! ¡Nido de gusanerías...! ¡Padre dice...! *(Con un último apretón al cuello de LEIDI.)* ¡Mis estampas del árbol son más suaves...!

LEIDI.— *(Con voz apenas perceptible.)* ¡Lástima de mí! ¡Lástima de mi tonto y pobre hermanito! ¡Lástima de mi niño diferente! *(Muere.)*

TI PRANS.— Mucho más suaves... *(Desaparece debajo de la cama.)*

DON.— *(Ha desaparecido radicalmente su fingida furia. Habla como fatigado y aburrido. Suelta a BONI, que cae al suelo.)* En marcha, mi buen Bonifacio. Regresemos a nuestros aposentos. *(Pasa por encima de BONI y penetra en el desván. Se queda un tiempo contemplando a LEIDI, muerta. En este período el único personaje izado e iluminado es DON. Luego BONI se levanta lentamente y penetra tras DON en el desván.)* Se dispondrá lo pertinente para que enlacemos mañana con nuestros indeclinables menesteres.

BONI.— Sí, maestro.

DON.— *(Señala a LEIDI.)* En ese montón de carne inútil se ha quedado tu nuevo librea, ¿eh, ratoncillo?

BONI.— *(Da una patada LEIDI.)* Sí, maestro. En ese montón de carne inútil y estúpida que creyó quebrar la continuidad de vuestra maestría...

DON.— *(Acento de supremo paternalismo.)* ¿Y tú no llegaste a creer, ratoncillo?

BONI.— Por un momento me turbaron las groseras ideas de la disipación. Luego se deslumbró vuestra suprema sabiduría, maestro.

DON.— Me considerabas inerte en la noche fundamental para la noche fundamental..., ¿eh, ratoncillo?

BONI.— Pero vos, maestro, os guardábais la baza fundamental para la noche fundamental...

DON.— Las sibilas son siempre el señor...

BONI.— Desde el principio de los principios. Desde que comienza a rodar la rueda.

DON.— (*Suspira.*) Pero los bufones no alcanzáis a saberlo hasta el final. Tal es la esencial diferencia entre tu disposición y la mía. No se te olvide, ratoncillo.

BONI.— No se me olvidará. Ante la lección del señor se rinde el aprendiz de bufón, maestro.

DON.— (*Muy dulce.*) Con todo, te mandaremos azotar...

BONI.— El culo del bufón recibirá agradecido, maestro, los azotes maestros.

DON.— Y recuérdame que mañana no dejemos de alumbrarnos otra hembrita. ¡Supone tanta alegría para nos una compañía femenina! Tan sólo esas pequeñas satisfacciones son a mitigar la ruda aspereza del mundo.

BONI.— Sí maestro. (*Saca, arrastras, fuera del desván el cadáver de LEIDI. Luego recoge, ya en el sótano, todas las ropas que habían servido para disfrazar a LEIDI. Las arroja sobre ésta. Saca las cadenas.*)
¿Las cadenas también, maestro?

DON.— Desde luego que sí. ¿Cómo, sin esos juguetes, iba ella, la futura ratoncilla, a roer la hierbaceja de la libertad?

BONI.— Sí, maestro.

DON.— (*Arroja a BONI la prenda que tejiera.*) Y haz que envíen este abrigo a la portera de la leprosería... ¡Tiene tantos críos, la pobre...!

BONI.— Los críos de la portera leprosa, machos y hembras, os idolatrarán como a una madre fundamental, maestro.

(*Oscuro final.*)